

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

Volumen 33– 2000
ISSN 1853-1555 (en línea)
ISSN 1514-9927 (impreso)

Instituto de Historia Antigua y Medieval
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
<http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/analesHAMM/issue/archive>

ESTUDIO DE LA ECONOMÍA MEDIEVAL. GÈNESIS Y PROBLEMAS ACTUALES

ALAIN GUERREAU (*)
CNRS - París

Cuando encara una presentación de las investigaciones sobre la economía en la Edad Media, el medievalista se ve abrumado por una impresión vagamente negativa, mezclada de cierta perplejidad (**). Según cierto rumor obsesivo, la historia económica habría entrado, desde hace una quincena de años, en una especie de letargo, después de haber conocido durante las décadas de los 60 y los 70 una posición de pretendida "dominancia". No bien se busca precisar el significado de este enunciado, se encuentra con una masa de observaciones que la contradicen y, sobre todo, se percibe que las nociones fundamentales -economía, historia económica- son sorprendentemente vagas y que las tentativas de definición engendran arduas dificultades, tanto prácticas como lógicas.

La reciente aparición de un nuevo manual sobre La economía medieval (1) ofrece una buena ocasión para delimitar algunas cuestiones previas. La bibliografía final comprende, salvo error, 409 títulos, casi exclusivamente libros, escogidos para constituir un panorama bastante amplio y lo más actualizado posible de los conocimientos sobre la economía medieval disponibles en 1993. El siguiente es el reparto cronológico de este conjunto:

Hasta 1950	1951-1960	1961-1970	1971-1980	1981-1990	1991-
28	53	66	107	152	23

Ciento setenta y cinco obras (43%) son posteriores a 1980, lo que relativiza el lugar común mencionado más arriba (2). Una vez más, es evidente hasta qué punto se debe desconfiar del teatro de sombras de la moda. Y no sólo se trata de las características propias de esta bibliografía. La obra en sí misma se distingue fundamentalmente de su predecesora publicada por el mismo editor en 1969, diferencia dada, en lo esencial, por un progreso notable. No es un caso particular. Se intentará demostrar más adelante, con pruebas, que se han publicado recientemente varias obras importantes, que marcan avances sustanciales y abren perspectivas originales.

Consideración que no elimina en absoluto las dificultades de fondo que, si bien no impiden trabajar, siguen siendo más que molestas. Tal vez sería válido aventurar la hipótesis de que una reflexión en este sentido podría no estar desprovista de algunas consecuencias prácticas.

Comenzaremos por una mirada retrospectiva: ¿cómo nace la investigación sobre la economía medieval? A continuación examinaremos el alcance de algunos trabajos actuales y por último

intentaremos precisar las relaciones entre las nociones utilizadas por la investigación y sus formas prácticas de organización.

Génesis

La historia de la historia de la economía medieval no ha sido escrita y, desde los años 60, las bibliografías olvidan sistemáticamente los autores y las obras del período fundador, de modo que éste se encuentra hoy rodeado de una espesa oscuridad. Resumamos: la historia económica medieval nació en el espacio germanófono durante el medio siglo que se extiende entre 1878 y 1928. Los cimientos fueron plantados por dos pioneros excepcionales, Inama-Sternegg y Lamprecht; su ordenamiento (a paso lento) y el establecimiento de una vulgata corresponden a von Below, Kötzchke y Kulischer. Se realizaron trabajos originales en la misma época en Gran Bretaña, y el resto de Europa no aportó más que contribuciones puntuales.

Karl Theodor Inama von Sternegg (1843-1908) (3) nació en Augsburgo e hizo estudios de derecho y ciencias políticas en Munich (1860-1865); desde 1868 fue profesor de economía política en Innsbruck; siendo profesor en Praga en 1880, fue designado en 1881 Director del Bureau de estadística administrativa del Imperio austro-húngaro y en 1884, presidente de la Comisión estadística central. Enseñó estadística en la universidad de Viena de forma permanente, mejoró y desarrolló los métodos y la organización de las instituciones estadísticas austro-húngaras, a la vez que participó activamente en los esfuerzos de cooperación internacional en el área; en 1899 fue nombrado presidente del Instituto Internacional de Estadística (4).

Simultáneamente a esta desbordante actividad de enseñanza y administración, Inama encontró el tiempo para reflexionar y escribir sobre temas de actualidad: la tendencia presente a la formación de grandes estados (1869), sobre la emancipación de la mujeres (1869), la situación personal de los pobres en Viena (1892), pero también y sobre todo para elaborar una impresionante serie de volúmenes de historia económica: desde 1865, su tesis sobre las consecuencias económicas de la Guerra de los Treinta Años, después el sistema dominical en la Edad Media (1872), sobre la historia de los precios (1873), acerca de los polípticos (1877), la formación de los grandes dominios en Alemania en la época carolingia (1878), la moneda de oro en el Imperio en la Edad Media (1895), formas originales de organización de los territorios en Austria (1896). Se debe recordar sobre todo su enorme Historia económica alemana (Deutsche Wirtschaftsgeschichte, Leipzig, 1-1879, 2-1891, 3-1899, 4-1901). Más de dos mil páginas sobre la economía medieval en Alemania (el t.4 se detiene a fines de la Edad Media).

Como lógicamente cabría esperar, Inama utiliza sobre todo las nociones corrientes de la economía política de mediados del siglo XIX y permanece esencialmente descriptivo. Se observa, aquí y allá, cierta ingenuidad: acción "planificada" de los carolingios, "empresarios" agrícolas en el siglo XI. Inama manifiesta un evolucionismo optimista, también propio de su época. Pero es particularmente sorprendente la precisión de ciertas perspectivas: ausencia de ciudades en la Alta Edad Media, tasa de crecimiento más elevada en el siglo XII, baja relativa de la población en el XV. El Vorwort del primer volumen constituye un verdadero programa fundador: ataque contra la historia política y militar, necesidad de reconocer los rasgos específicos de la economía de cada época, necesidad de definir los espacios estudiados, equilibrio a encontrar entre los fenómenos de producción y el proceso de distribución entre las categorías sociales, ventajas decisivas de los métodos estadísticos, retorno sistemático a las fuentes originales.

¡Atenas sale con todas sus armas de la cabeza de Zeus!. En lo esencial, este programa es de una perfecta actualidad y existen fundamentos para preguntarse bajo qué condiciones fue posible que el primer libro, jamás publicado y que fue titulado "historia económica", comenzara de entrada con una proclamación de una lucidez tan sorprendente.

Es necesario considerar un punto que no es menor: Inama no se consideraba un reiner Historiker, sino un Nationalökonom, es decir, lo que nosotros hoy llamaríamos un economista. Se ha dicho más arriba que él había enseñado economía política y estadística, jamás historia. E Inama produjo escritos sobre los fundamentos de la economía política, especialmente sobre Adam Smith. De origen bávaro, hizo toda su carrera en el imperio austro-húngaro. Todo esto lo ubicaba en las antípodas

de la tradición de Ranke, de las *Monumenta Germaniae Historica* y de la historia prusiana, entonces en su apogeo. Pertenece a la primera generación que experimentó vivamente la influencia de la *ältere historische Schule* del *Nationalökonomie*, representada por los tres nombres célebres de Wilhem Roscher, Bruno Hildebrand y Karl Knies, quienes publicaron sus primeros grandes trabajos entre los años 1840 y 1850. La convicción común de estos economistas residía en su rechazo por admitir la posibilidad de una economía política abstracta, independiente de los lugares y los tiempos. En el caso de W. Roscher, esta convicción se apoyaba sobre la idea de que la sociedad no es un montón de individuos, y de que las regularidades observables no resultan de las intenciones de los actores. En Hildebrand, el más comprometido políticamente, aparece claramente la idea de "etapas" del desarrollo, la que luego fue retomada por Karl Bücher.

Estos autores participaban en modalidades diversas del evolucionismo corriente de la burguesía europea del siglo XIX, pero sus preocupaciones nacionales, y también sociales, los llevaron a concebir la economía como un simple elemento de un todo social siempre específico. La influencia de esta escuela fue considerable pero, por diversas razones relacionadas principalmente con la rigidez del sistema universitario alemán y con los vínculos estrechos de los historiadores con la ideología prusiana, esta influencia, paradójicamente, no alcanzó a los historiadores. Inam, por el contrario, se sitúa claramente en este espacio; la variedad de sus intereses y su enorme capacidad de trabajo le permitieron realizar, en forma paralela a su oficio de estadístico y economista, la primera verdadera historia económica que, a pesar de su aislamiento, se impone como un monumento fundador.

El caso de Lamprecht ilumina claramente, a contrario, la resistencia fanática de los historiadores universitarios alemanes a la intromisión de la historia económica. Karl Lamprecht (1856-1915) recibió una formación de historiador absolutamente clásica para la época, pero también fue influenciado por W. Roscher, así como por Jakob Burkhart (5). A partir de 1880, recibió un apoyo decisivo de Gustav Mevissen, banquero y presidente de la Sociedad de ferrocarriles renanos, uno de los dirigentes más activos del liberalismo renano a partir de 1848. Mevissen concedió a Lamprecht un apoyo material eficaz en la perspectiva de una historia regional, por así decir, "total", hasta el momento jamás realizada. Bajo el título *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter* aparecieron en 1885-1886 cuatro volúmenes que analizan lo que nosotros llamaríamos la historia económica y social de las regiones moselanas en la Edad Media. Se trata de la primera "gran tesis de historia regional". La riqueza de información, el gran abanico de cuestiones tratadas, la originalidad de un enfoque espacial sistemático hacen de esta obra un texto que, un siglo más tarde, conserva lo esencial de su interés científico.

La lectura de este libro descubre a un empirista, alejado de todo programa abstracto. Las diversas acusaciones que, en este sentido, dirigieron contra Lamprecht sus colegas, no son calumnias odiosas y grotescas que desacreditan y descalifican a sus autores. Lamprecht no hacía otra cosa que utilizar las nociones corrientes de la economía política de su época, bastante próximas a las de los empiristas. Fue primero profesor en Bonn, y luego enseñó, de 1891 a 1915, en Leipzig. En 1895 un levantamiento histérico de protestas se erigió contra la perspectiva de su designación al frente de la *historische Zeitschrift* (6). A partir de 1904, viajó a los Estados Unidos, donde anudó contactos y de donde trajo ideas nuevas sobre la organización de las universidades que intentó poner en práctica en Leipzig (en vano). A partir de 1910, colaboró en movimientos pacifistas. Sería irrealista pensar que se pueden resumir los aportes de Lamprecht en unas pocas líneas; competente en historia del arte medieval, Lamprecht intentó articular la toponimia y la historia del poblamiento con la del paisaje y la ocupación del suelo, formar un conjunto coherente con la economía, el derecho, las instituciones y la cultura en un sentido muy general. Los historiadores de la "cultura material" también pueden reivindicar a Lamprecht como padre fundador. Por supuesto, en este marco, la historia político-diplomática en el sentido de Ranke y de la *Preussische Schule* se convertían en una cuestión secundaria, casi insignificante. Y es esto, fundamentalmente, lo que la ideología estatista-militar de la oligarquía prusiana no podía soportar, ya que esta visión de la historia reducía a la nada los fundamentos de la legitimidad y el mantenimiento de la dominación social de esta oligarquía.

Se debe conceder más de una mención a Karl Bücher (1847-1930). Después de sus estudios de historia y filología, se inclinó por la enseñanza de estadística y economía política. Se le debe, sin duda, el primer gran trabajo de demografía histórica, el estudio detallado de la población de Frankfurt-am-

Main en los siglos XIV y XV (7). Es conocido sobre todo por seis breves ensayos que publicó en 1893 (8), el primero de los cuales, "Die Entstehung der Volkswirtschaft", contiene la idea de una evolución general de la economía en tres etapas, la economía doméstica, la economía urbana, la economía nacional, imagen que ha permanecido ligada a su nombre. En la lectura de este texto, lo que más sorprende es la importancia otorgada a la noción de sistema económico (mucho más que a la de Stufe) y es éste el punto central que distinguía de manera fundamental la historia propiamente económica de todos los análisis parciales sobre el comercio, la moneda, el sistema agrario, la teoría económica o los precios.

La continuación de la historia es casi demasiado lógica para parecer real: fue un junker prusiano quien se encargó de integrar la historia económica a la historia general, Georg von Below (1858-1927). Después de sus estudios iniciados en Königsberg, von Below entró en la carrera universitaria en 1889, estableciéndose por último en Freiburg-in-Breisgau en 1905. Su actividad de historiador consistió en reorganizar las diversas ramas de los estudios históricos, de manera de poder transformarlos en elementos constitutivos de una gran historia política siempre y todavía en el sentido de Ranke. El proceso puesto en práctica de manera bastante sistemática volvía a reinterpretarlo todo a través de los marcos de la historia del derecho, para llegar a demostrar el carácter público y jurídico de la estructura del Estado presente desde la Antigüedad, estructura que era concebida, naturalmente, a través de las nociones jurídicas de fines del siglo XIX.

Su gran volumen *Probleme der Wirtschaftsgeschichte* (1920) comienza con un parte de victoria: "die historische Schule hat auf den Lehrstühlen ihre Vorherrschaft verloren" (9). En otras palabras: la influencia nociva de Roscher, Knies y Hildebrand sobre una parte de la universidad perduró mucho tiempo! (se apunta también a List, Bücher, Schmoller, Sombart). Von Below explícita su concepción individualista de la historia: "der Fortschritt, der immer individuell ist..." (10); su visión de la armonía social: "Grundherren und Bauer teilen sich in die Arbeit und den Erfolg" (11). Por supuesto, rechaza toda noción de estadio, toda especificidad de una época: las distinciones son, todas, solamente cuantitativas. Es un eufemismo decir que, desde entonces, la historia económica se encuentra verdaderamente restringida.

Poco después de este ataque al canon, aparece en 1924 en Jena la *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte* de Rudolf Kötzsche (1867-1949). Este había descubierto a Lamprecht durante sus estudios y siempre fue considerado uno de sus partidarios, de modo que llegó a ser profesor recién en 1905 y tuvo que esperar todavía veinticinco años para que le permitieran convertirse en ordinarius. Fue un especialista en historia agraria medieval. A pesar de la opinión de sus colegas, Kötzsche difería sensiblemente de Lamprecht; el abanico de sus intereses era considerablemente menor, rechazaba de forma explícita el legado de la economía histórica y se proclamaba de manera ecléctica de Inama, Lamprecht, von Below (!), pero también de los ingleses Rogers y Cunningham o del francés Levasseur. Cada uno de sus capítulos comienza con una exposición sobre la *Verfassung*, marcando así su resolución de integrar los "aspectos económicos" en una historia centrada en otra cosa. El binomio agrario/urbano ya aparece aquí como una secuencia canónica (12).

Es en 1928 cuando aparece finalmente en alemán el manual que, de cierta manera, clausura y resume este período de fundación, y a través del cual los principales avances de la *Wirtschaftsgeschichte* fueron transmitidos a las generaciones siguientes: la *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit* de Kulischer (dos volúmenes, Munich-Berlin, 1928-1929). Iossif Mikhailovitch Kulischer (1878-1934) (13) nació en Kiev, hizo sus estudios de derecho en San Petersburgo, donde enseñó a partir de 1908. Su historia económica de Europa occidental (cuya traducción alemana acabamos de mencionar) fue publicada en ruso en 1909. Publicó también varias obras de historia económica moderna. Si bien fue un no-marxista, parece no haber experimentado dificultades particulares y fue considerado en la U.R.S.S., sin discontinuidad, como un autor serio. La versión alemana de esta obra fue publicada en el seno del *Handbuch der mittelalterlichen und neuen Geschichte*, dirigida por G. von Below y F. Meinecke. La bibliografía es paneuropea, y el lector se sorprende de la inteligencia de un texto que, en la mayoría de las cuestiones abordadas, presentando metódicamente varias tesis, crea la impresión de debate y de reflexión. Pero se asiste también, más subrepticamente, a la consagración, por así decir, oficial del esquema bien

conocido: población - agricultura - artesanado - comercio y transporte - moneda y crédito - capital, capitalización (en el volumen sobre el período moderno).

Esta obra fue traducida en los Estados Unidos en 1955, y en el mismo año al italiano por Gino Luzzato. Fue constantemente reeditada en alemán, y se la encuentra citada en lugar destacado en muchas bibliografías, incluso hoy en día (14). Kulischer había logrado dar a una visión de la historia económica cercana a la de von Below un aspecto civilizado, manteniendo a la vez lo esencial, es decir, la subordinación y marginación relativas de la perspectiva económica en el seno del análisis histórico.

No se puede hablar de historia económica en Gran Bretaña sin comenzar por evocar la figura de James E. Thorold Rogers (1823-1890) (15). Después de sus estudios clásicos, Rogers se comprometió en la vía del ministerio eclesiástico en el seno de la High Church, pero abandonó esta actividad y fue elegido primer profesor de estadística y ciencia económica en el King's College de Londres en 1859, cargo que ocupó hasta su muerte; a lo que agregó luego la enseñanza de economía política en Oxford. Cercano a R. Cobden, se puso luego en contacto con John Bright y defendió los ideales de los liberales. Actuó a favor de la Unión durante la guerra de Secesión, intervino en los terrenos de la enseñanza y de las cooperativas; fue diputado por los Comunes de 1880 a 1885, apoyando a Gladstone. Después de sus trabajos de filología clásica dedicados a Aristóteles y a Eurípides, se orientó hacia el análisis empírico de la economía histórica. Su enorme *History of Agriculture and Prices in England*, fue publicado a partir de 1866 (los dos primeros volúmenes de 1259 a 1400); los dos últimos volúmenes (7 y 8, 1702-1793) fueron publicados por su hijo. Rogers, aprovechando la riqueza de los archivos ingleses, compiló una masa considerable de listas de precios y de salarios, a partir de los cuales intentó reconstituir la evolución de la renta. Merece incuestionablemente el título de primer historiador de los precios.

El caso de Frederic Seebohm (1833-1912) es un poco diferente. Fue educado en la tradición de los cuáqueros. Después de sus estudios de derecho, se convirtió en banquero, lo que no le impidió ocuparse de cuestiones sociales, en particular de la educación popular. Se dedicó particularmente a la historia agraria inglesa, en sus dos aspectos: sistema manorial coercitivo y sistema tribal galés. Estas dos obras pusieron de manifiesto la originalidad y la variedad de las formas de organización social (entre ellas, el sistema de parentesco) que regían la agricultura antigua.

William Cunningham (1849-1919), escocés, hizo sus estudios en Edimburgo, Tübingen y Cambridge. Entró en la carrera eclesiástica en 1873 y cumplió celosamente con sus cargos. Al comenzar a dictar clases de historia económica en Cambridge en 1878, sintió la necesidad de redactar un gran manual, por lo que, publicó en 1882 *The Growth of English Industry and Commerce*, que ulteriormente conoció seis ediciones sucesivas entre 1892 y 1910, cada una con vastos desarrollos suplementarios. Cunningham se preocupó mucho por las relaciones entre cristianismo y cuestión social, lo que lo llevó a tomar partido contra el librecomercio. Viajó mucho y dictó clases en Harvard. Estaba convencido de que el análisis económico no podía separarse de consideraciones sobre el progreso económico, que la reflexión debe entonces partir de los hechos, a la inversa de lo que hacía la economía política "clásica" desde Ricardo.

La historia económica británica sólo nace verdaderamente con William James Ashley (1860-1927). Desde sus estudios en Oxford, éste se orientó hacia la historia económica. Fue convocado como profesor de economía política en Toronto en 1888, y en 1892 creó la primera cátedra anglófona de historia económica en Harvard. En 1888 y 1893 fueron publicados los dos volúmenes de su *Introduction to English Economic History and Theory*. Sin ser discípulo de ellos, se refiere a Roscher, Hildebrand, Knies y Schmoller, y enuncia los principios de un estudio de la economía completamente opuestos a las perspectivas de la teoría clásica. Aunque esta *Introduction* trata en especial sobre economía medieval, Ashley se interesó cada vez más por el siglo XVIII. En 1900 fue nombrado profesor de comercio en la nueva universidad de Birmingham. También se preocupó por cuestiones sociales, se comprometió en favor del proteccionismo y formó parte de una gran cantidad de comisiones y comités dedicados a problemas sociales y económicos, lo cual desaceleró, sin anular, su producción histórica. Es aún célebre por su vehemencia personal, en particular manifestada en los debates sobre la manera de abordar las cuestiones económicas.

La comparación entre el espacio germanófono y Gran Bretaña permite fortalecer conclusiones. Se observa con toda la claridad deseable que la historia económica no fue fundada por historiadores, sino por economistas. El papel de l'école d'économie historique alemana debería ser precisado, pero todo permite pensar que hasta el momento se ha subestimado sensiblemente tanto su influencia como su interés intrínseco. En Alemania esto ya no se discute; el caso de William Ashley demuestra que este impulso fue sentido igualmente del otro lado de La Mancha (y por su intermedio, del otro lado del Atlántico). De manera general, los pioneros de la historia económica fueron hombres preocupados por las evoluciones sociales que tenían ante sus ojos, y que intentaban, de diversas maneras, contribuir a proponer soluciones a las dificultades sociales mayores. En su mayoría fueron liberales en el sentido del siglo XIX, inspirados por una suerte de evolucionismo más o menos explícitamente progresista; sin embargo, ninguno de ellos fue un revolucionario. Se podría decir, rayando en el anacronismo, que todos fueron reformistas convencidos.

Pero también son sorprendentes las diferencias. El empirismo anglosajón no constituía una estructura de resistencia al desarrollo de la historia económica, aún si actuaba como una fuerza de inercia. La desconfianza con respecto a cualquier teoría global constituyó un freno eficaz contra toda reflexión de conjunto sobre la economía histórica, en beneficio de análisis parciales; era aún más difícil imaginar en esas condiciones la menor conceptualización. En Alemania por el contrario, la reflexión fue el punto de partida, reflexión que exigía la historización del enfoque de la economía. Pero cuando, dentro de este movimiento, fueron publicadas las primeras grandes realizaciones concretas, las estructuras sociales específicas de Alemania eran tales, que estalló una hostilidad paroxística. La situación se agravó aún más por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, y esto se tradujo en el disciplinamiento y acuartelamiento de la historia económica. El impulso inicial fue cuidadosa y eficazmente ocultado; la historia económica se encontró desarticulada, marginada, juridificada, subordinada a la ideología centrada en lo político. No se podrían exagerar los efectos de este desvío intelectual, cuyos efectos son aún actuales.

A estas conclusiones principales, se agregarán comentarios en tres órdenes: sobre los desarrollos conexos de la reflexión sobre la economía, sobre el problema de la articulación interna de la noción misma de economía, sobre Karl Marx.

Fuera de Europa central y de Gran Bretaña, la historia económica, medieval en particular, no conoció más que desarrollos limitados y puntuales. En Francia se cita corrientemente el nombre de Emile Levasseur (1828-1911), economista y polígrafo, autor de algunos trabajos meritorios y sobre todo de manuales muy difundidos, como su Cours d'économie rurale, industrielle et commerciale (1868), que contiene la siguiente proclamación: "Tout autre système que celui de la liberté individuelle, protégée par l'Etat et soutenue par des associations volontaires, comprime l'essor de la richesse" (16)*. En 1902, Paul Boissonnade intentó realizar una bibliografía sobre la historia económica en Francia (17), que Georges Espinas comentaba poco después con tristeza (18): "on n'a pas cherché à en former une partie spéciale de l'histoire, comme on y est arrivé à l'étranger"*. No se puede terminar este rápido repaso sin hacer un lugar a la figura excepcional de Maxime Maximovitch Kowalewski (1851-1916) (19). Proveniente de la aristocracia, Kowalewski hizo estudios de derecho en Jarkov, después en Berlín y Viena, frecuentó l' Ecole des Chartes y se inició en la antropología en Londres, donde frecuentó asiduamente a Karl Marx. Profesor de derecho público en Moscú en 1878, fue expulsado por su liberalismo en 1887. Se instaló en París y dictó clases en diversas universidades europeas y americanas. Regresó a Rusia en 1905 y formó parte de la primera Duma, desplegando hasta su muerte una intensa actividad política de orientación liberal. Primero publicó trabajos sobre Suiza, Francia e Inglaterra en la Edad Media, luego sobre historia de la propiedad colectiva, la sociedad caucásica, Francia en las vísperas de la Revolución, el método sociológico. En ruso (1898-1900) después en traducción alemana (1901-1914) apareció en siete volúmenes die ökonomische Entwicklung Europas bis zum Beginn der kapitalistischen Wirtschaftsform, que es explícitamente considerada como la primera tentativa sintética de historia económica de la Europa preindustrial. La obra refleja una voluntad de equilibrio entre las diversas regiones de Europa y es testimonio de lecturas directas de documentos de una amplitud excepcional. Pero Kowalewski queda atrapado en la interrogación sobre los orígenes del derecho de la propiedad, cuestión que obsesionó a toda la historiografía europea de la segunda mitad del siglo XIX

sin llegar a nada concreto, ya que las nociones empleadas eran completamente inapropiadas; de ahí que los últimos volúmenes están dedicados a la desaparición de la servidumbre campesina, y reflejan más las dificultades de Rusia a fines de siglo, que la dinámica de las relaciones sociales en Europa occidental en los siglos XIV a XVIII. Ensayo que no se corresponde entonces en absoluto con lo que se espera encontrar bajo este título, pero grandioso de todos modos.

Una palabra al pasar sobre la evolución de la economía política durante este período (20). A los críticos de todos aquellos que se aferraban a los prejuicios naturalistas y fijistas de la economía política clásica, la de Smith-Ricardo-Malthus, se opuso bastante brutalmente, en la década de 1870, una nueva “escuela” que comúnmente se designa como marginalista. Casi simultáneamente, el inglés Jevons, el francés Walras y el austríaco Menger propusieron identificar valor y precio, concentrando toda la atención sobre la fijación de éstos a través de la famosa “ley de la oferta y la demanda”. La “joven escuela histórica” alemana criticó enérgicamente estas posiciones, y prosiguió una controversia muy virulenta. Es exactamente en este contexto donde hay que reubicar la producción, en verdad tan profusa como filandrosa, que se ordena bajo la etiqueta pomposa de “neokantismo”, cuyo único objetivo era intentar socavar los fundamentos del conocimiento histórico y, de esa forma, prohibir toda crítica a la economía política abstracta en nombre de consideraciones históricas. Y se asiste lógicamente, a comienzos del siglo, al triunfo universitario conjunto del marginalismo en economía y del neokantismo en filosofía, mientras que la historia económica conoce la suerte que se ha resumido más arriba. Conviene abordar aquí, de manera preliminar, una dificultad recurrente: ¿qué es lo que diferencia una “historia económica” de una colección de investigaciones sobre la agricultura, el artesanado, la moneda y el comercio? Por supuesto, es fácil ver que, en la práctica, muchas obras tituladas “historia económica” no son más que laboriosas yuxtaposiciones establecidas según un orden convenido. Se comprueba no con menos facilidad que, desde el siglo XVIII, aparecieron en cantidades crecientes, varias obras sobre “el tráfico del puerto de N. en la Edad Media”, “la evolución de la acuñación monetaria del reino de X. en el siglo XIV”, “la situación de las clases rurales de la región Y. del siglo XII al XV”, “los orígenes de las ciudades de Z.”, etc. Fueron estas publicaciones las que abrieron el camino a la historia económica propiamente dicha, que se distingue, grosso modo, por dos rasgos: 1. la idea de que el conjunto de los procesos de producción y de intercambio forma un todo articulado; 2. una marcada preocupación por la evaluación cuantitativa de todos los objetos y de todos los procesos considerados. Y estos rasgos son el producto directo de la intrusión de la economía política en el estudio del pasado. Fueron estas dos orientaciones las que provocaron una violenta resistencia, no el hecho de que se manifiesta interés en las ferias de Y. o en la evolución de la cría de ovejas en la región Z.

Resta decir, por último, que si se considera que la historia económica estuvo en gestación en Alemania entre 1840 y 1885, es decir, entre los escritos de los primeros representantes de la *ältere Schule der Nationalökonomie* y los de Inama y de Lamprecht, no se puede dejar de observar la exacta concordancia con el período de actividad intelectual de Karl Marx.

Como se ha demostrado, el impulso fue dado por la *ältere Schule*, la que se desarrolló sin ninguna relación con Marx. Este, por su parte, no parece haber leído sino a W. Roscher, tardíamente (1862), y no lo cita más que para mofarse de él en numerosas notas del libro I del *Capital* (1867) (21). Entre todos los autores citados más arriba, Kowalewski es el único que tuvo contactos reales con Marx. Kowalewski, aunque impresionado y sin duda influenciado por éste, no llegó a ser en absoluto lo que se denomina un marxista. Marx por su parte jamás practicó el oficio de historiador; los pocos esquemas que redactó apuntaban a establecer la genealogía de tal o cual relación social, y el objetivo fue siempre demostrar el carácter reciente e históricamente datado de tal o cual elemento del sistema capitalista (22). Desde este punto de vista, la perspectiva es paralela a la de la escuela histórica. Pero Marx va mucho más lejos en el sentido de que llega a un verdadero desarmado, pieza por pieza, de la economía política clásica, gracias a lo cual puede sacar a luz el conjunto de ficciones sobre las que reposa este discurso. A partir de ahí, puede mostrar, en el caso del capitalismo, la identidad entre el funcionamiento y la dinámica del sistema, sentando así los fundamentos de una aproximación a las sociedades en las que la lógica interna y el movimiento de transformación son una sola y misma cosa: el programa más racionalista jamás propuesto a las ciencias sociales.

La capacidad de análisis crítico y la imaginación teórica de Marx no tenían nada en común con aquellas de todos los representantes de la *historische Schule*. Se debe considerar la situación concreta de Marx. El recibió, en particular a través de Eduard Gans, la herencia intelectual de Hegel y las herramientas intelectuales más agudas, forjadas por la *Aufklärung* y el idealismo crítico alemán. Su estadía en París, luego una familiaridad profunda con Inglaterra, tanto en la diversidad de sus realidades sociales como en sus tradiciones intelectuales, le permitieron llegar a un dominio sintético de los tres grandes espacios intelectuales de la época, síntesis que ningún otro europeo ha realizado en tal grado en la época contemporánea. La extraordinaria superioridad de Marx no reside en nada incomprensible. Sin embargo, la influencia efectiva de este pensador sobre la historiografía ha sido, desde hace un siglo, excesivamente restringida. Pero no es menos cierto que todo historiador que intente hoy acometer el estudio de la economía medieval debe saber que, en los textos de Marx, puede con razón esperar encontrar, al precio de un esfuerzo adecuado, herramientas largamente inéditas y muy eficaces. Toda investigación de una “alternativa a Marx” no es otra cosa que una investigación de una alternativa al racionalismo (23).

Inama, Lamprecht, Ashley, Kowalewski: autores de una competencia, una imaginación y una potencia intelectual fuera de lo común; establecieron los fundamentos de un enfoque a la vez más completo, más realista y más racional de la historia europea. La historiografía dominante los ignoró o los marginó; algunos espadachines de la pluma se encargaron de hacer el bricolaje ideológico necesario para justificar la inadmisibilidad de los análisis históricos en materia de reflexión sobre la economía; un junker prusiano encerró la historia económica, reduciéndola al estado de accesorio inerte y desarticulado (24).

Novedades

Lucien Febvre, hablando de los historiadores, escribía en 1932 (25): “leurs paysans ne labourent que des cartulaires, avec des chartes en guise d'araires”*. Aún a fines de los años 60 y en los años 70, prestigiosos manuales de historia económica o de historia rural trataban por preterición la cuestión concreta de los cereales; durante el período que se considera que conoció el triunfo de la historia económica, los medievalistas (al menos los franceses) pusieron bastante cuidado en mantenerse bastante al margen de todo análisis de las realidades agronómicas.

A lo largo de los últimos años, la situación ha evolucionado, y se intentará dar aquí un bosquejo, alusivo e incompleto, de algunos resultados publicados recientemente, que hemos recolectado de manera bastante aleatoria.

En 1975 se publicaba, con extrema discreción, la obra pionera de François Sigaut *L'agriculture et le feu* (26). Partiendo de una reconstrucción detallada de los procedimientos de la quema y de la roza (desconocidos en los manuales corrientes), Sigaut demuestra que las cenizas producidas por una quema periódica constituían un fertilizante básico muy eficaz para la mayor parte de los suelos ácidos, permitiendo obtener temporariamente buenos rendimientos, a costa de un mínimo de trabajo en el caso de la roza propiamente dicha (cultivo temporario sobre un bosque quemado). Esta obra obliga a reconsiderar una interpretación de la toponimia probablemente errónea por simplificación (27) y a cuestionarse si no convendría repensar con bastante profundidad nuestra concepción de los modos de cultivo y de equilibrio vegetal en la Alta Edad Media europea.

En 1987 Georges Comet defendía una tesis, que acaba de publicarse: *Essai d'histoire technique des céréales; France, VIIIe – XV e siècles* (28). El autor examina con minuciosidad el ciclo que parte del suelo desnudo para llegar al producto consumible: arado, siembra, cosecha, trilla, molienda, panificación; a lo que agrega consideraciones sobre los cereales y su rendimiento, como así también sobre las diversas formas de representaciones y de apreciación de estos trabajos y sus productos. G. Comet se ha esforzado por estudiar lo más posible las labores agrícolas y su coherencia. Verdadera síntesis sobre un conjunto de temas que deberían constituir una prioridad para todos los medievalistas, tanto más cuanto que es cierto que la Europa medieval vivía esencialmente del cultivo de los cereales. Y más aún ya que este análisis corrige cantidad de ideas falsas, que se han convertido en lugares comunes. G. Comet demuestra, por ejemplo, que aún en el siglo XIX, la elección, para la cosecha, entre guadaña y hoz no descansaba sobre argumentos decisivos y de alcance general; como se trataba de

ventajas relativas entre rotaciones bienales y trienales, el resultado de los cálculos dependía en gran parte de la cantidad de labores sobre los barbechos, de la disponibilidad relativa de tierra y de mano de obra, así como de la utilización de bueyes o de caballos. Aquí también es muy evidente que, en pleno siglo XIX, la ventaja del trienal no tenía en absoluto ese carácter general que se está demasiado dispuesto a reconocer sin demostración. Lo más notable es la imbricación recíproca profunda entre las elecciones técnicas y los parámetros sociales; naturalmente, en primer lugar, la disponibilidad muy variable de tierra y de mano de obra, pero también, la organización del parcelamiento y del paisaje, directamente ligado a la organización social (29); es además un poco sorprendente la confusión, entre los especialistas de la historia de las técnicas, entre rotación y alternancia: ¿se debería concluir de esto que no existía cercamiento en la Edad Media? Deberíamos aún menos descuidar este aspecto de las cosas sabiendo el lugar que se le atribuye a los “enclosures” en el movimiento de transformación de la agricultura europea. Dicho esto, los sugerentes desarrollos de G. Comet sobre los diversos cereales merecen convertirse en lectura obligatoria para todos los futuros medievalistas.

En octubre de 1988, J.-P. Devroey y J.-J. Van Mol organizaron, con el auspicio de la Universidad libre de Bruselas, un coloquio internacional sobre la espelta (30). Este cereal que ya no es cultivado en Europa salvo de manera residual, conoció sin embargo, en particular durante el Bajo Imperio y la Alta Edad Media, una extensión notable. François Sigaut muestra claramente la relación entre la relativa fragilidad de las espigas (tallo muy delicado) y las formas particulares de recolección y de tratamiento ulterior. J. P. Devroey recuerda, como F. Sigaut, la ventaja diferencial importante de la espelta: una considerablemente mejor resistencia a la conservación, debida precisamente a la adherencia de las glumelas; pero insiste también en una observación curiosa: varios polípticos carolingios, como el de Saint-Rémi de Reims, atestiguan una fuerte presencia de la espelta. Sin embargo, hasta el presente, este cereal no ha sido observado en ningún emplazamiento medieval que haya dado lugar a análisis paleocarpológicos. Por otra parte, su retroceso parece general en el norte de Francia desde el siglo XI.

En marzo de 1989, un grupo de historiadores británicos, bajo la dirección de Bruce M. S. Campbell y Mark Overton, se reunían en Bellagio, con el objetivo de efectuar un primer panorama de una serie de tentativas de reexamen de la evolución de la “productividad” de la agricultura europea desde la Edad Media. (31). Estas investigaciones apuntan, a la vez, a precisar nuestros conocimientos sobre los procesos materiales (sobre todo fisiología vegetal y edafología), de manera de comprender mejor la influencia de los numerosos parámetros que intervienen, y a aventurar evaluaciones numéricas más precisas de las evoluciones, tratando de determinar la influencia de cada factor, o, lo que viene a ser más o menos lo mismo, medir la evolución de los rendimientos establecidos a partir de definiciones precisas y constantes. La dificultad gira, en gran parte, en torno al problema de la así llamada “revolución agrícola”, a propósito de la cual se desean esclarecer los mecanismos del aumento de la productividad del trabajo (producción total/cantidad de mano de obra) y los del aumento de la producción global. Los autores insisten sobre la vinculación entre los cultivos y la ganadería, así como sobre la interdependencia entre las actividades agrícolas y las restantes actividades de producción. Se presta mucha atención a la geografía y a los caracteres propios observables en tal o cual región. Algunas ideas corrientes, como la creencia en los rendimientos decrecientes, son al menos parcialmente puestos en duda. No obstante, sigue siendo sorprendente el productivismo un poco simple que sirve de marco general a la reflexión.

Se debe señalar la aparición en 1987 de la copiosa síntesis de U. Körber-Grohne, *Nutzpflanzen in Deutschland. Kulturgeschichte und Biologie* (32) que ofrece un panorama muy interesante de los datos paleobotánicos recogidos en Alemania. En 1988, una exposición sobre los Bajuvarii dedicaba una sección a las plantas cultivadas, haciendo resurgir la importancia de la cebada y de los trigos cubiertos durante la Alta Edad Media en la Alemania del sur (33).

En Francia, los trabajos de paleocarpología más sustanciales referidos al período medieval son los de Marie-Pierre Ruas, quien ya ha tenido la ocasión de comenzar análisis de varias decenas de emplazamientos y ha publicado en 1991 y 1992 elementos de síntesis muy sugerentes (34). A propósito de los cereales, la observación más notable es el avance del centeno entre la época galoromana y la Alta Edad Media. Aquí, los análisis arqueológicos están en conformidad con los textos, los que testimonian

la expansión de este cereal a partir del siglo V. Sobre los emplazamientos carolingios de Villiers-le-Bel y Baillet-en-France, el centeno viene a la cabeza, delante del trigo, en una región de potencial agronómico elevado (35). Los resultados de los análisis del emplazamiento de Charavines (36) (primer tercio del siglo XI, Dauphiné) refuerzan esta conclusión: los principales cereales presentes son: el centeno (42%), el trigo (23%), la avena (21%). La arqueobotánica establece de manera cada vez más clara este punto al cual se podía llegar por deducción: el cereal principal de la Europa Medieval era el centeno.

Todos estos trabajos, que son publicados en diversos países de Europa, testimonian movimientos de interés aún limitados pero profundos: preocupación más marcada por las realidades materiales y la historia de las técnicas, orientación cada vez más clara de la arqueología medieval hacia los fenómenos de producción y hacia un mejor esclarecimiento de la vida cotidiana. La historia económica medieval tiene mucho que ganar con esta evolución. Pero únicamente bajo ciertas condiciones.

Consideremos un fenómeno que aparece cada vez más claramente como de primordial importancia: el desarrollo masivo del centeno a partir del siglo V y su predominancia marcada hasta la época moderna, mientras que este cereal apenas era conocido en la antigüedad. Esta observación ya había sido hecha por Charles Parain en 1941 (37), pero ningún “especialista” de la economía medieval se había preocupado por esto. La carpología vuelve a poner el asunto a la orden del día, pero sin preocuparse demasiado por esclarecer su significación real, es decir, social. Le corresponde al historiador, a partir de un examen preciso de las propiedades botánicas y agronómicas de los principales cereales (38), identificar las características socialmente decisivas. A partir del cuadro adjunto, nos parece pertinente retener las propiedades siguientes:

Trigo tierno (blé tendre): exigente en materia de suelo y de clima; muy sensible a todos los accidentes climáticos; harina superior;

Trigo cubierto (blé vêtú): acepta suelos claramente menos favorables (la escanda acepta también condiciones climáticas desfavorables); harina superior (39); excelente posibilidad de conservación; necesita dos veces más trabajo para la obtención de harina;

Centeno: gran resistencia a la helada y a la sequía, acepta suelos muy pobres, ácidos; agota poco el suelo, aún cultivado en el mismo lugar varios años consecutivos, madura rápido (incluso en año frío o en zona fría); resiste las lluvias abundantes y el arrebato; paja larga y muy resistente; harina de calidad media; pan de buena conservación;

Cebada: poco exigente en materia de suelo; sembrada en la primavera, madura incluso en condiciones extremas; no tolera lluvias abundantes; harina mediocre, excelente para la alimentación animal; muy apropiada para la producción de cervezas (de cerveoise et de bière)

Avena: acepta todos los suelos (el menos exigente de todos los cereales); sensible al frío invernal, al arrebato: en general, cereal de primavera; harina mediocre, sobre todo adaptada para alimento animal, particularmente el de los caballos.

La espelta se caracteriza ante todo por su capacidad de conservación; el centeno se destaca particularmente por su débil sensibilidad a las bruscas diferencias climáticas interanuales. Excepto en condiciones extremas, la cebada está ligada a la producción de cervezas, y la avena, que puede obtenerse en terrenos muy mediocres, a la alimentación de los caballos. El centeno puede entonces, adaptarse a condiciones edafológicas y climáticas a las cuales el trigo no es resistente, pero se debe sobre todo insistir en la estabilidad interanual de sus rendimientos, que lo oponen marcadamente al trigo: a éste se asocia calidad superior de harina e irregularidad pronunciada de los rendimientos. Ahora bien, la variabilidad climática interanual constituye una limitación mayor para la agricultura de la Europa templada. Las sociedades preindustriales han reaccionado en dos direcciones: ya sea por mecanismos de transporte que implican en general estructuras comerciales adecuadas, ya sea optando sistemáticamente por las especies menos sensibles a estas variaciones, y los métodos de cultivo también menos sensibles (extensivos en general).

Es así como el pasaje masivo al centeno, probablemente cultivado de forma extensiva, estuvo ligado, de manera apenas discutible, a la desaparición del comercio en el siglo V (40). La espelta, por su parte, expresa la elección de una estrategia de conservación metódica, completamente adaptada a lo que se sabe de los “grandes dominios” del período carolingio, pero mucho menos a las pequeñas

explotaciones (razón por la cual sin duda no se han observado, hasta el presente, trigos cubiertos en aquellos emplazamientos agrícolas de la Alta Edad Media del norte de Francia que han dado lugar a análisis carpológicos). Es un poco sorprendente que correlaciones tan simples y amplias hayan llamado tan poco la atención (consideramos a este respecto el hecho de que los medievalistas apenas se han puesto a analizar como es debido el fantasma pueril que consiste en creer en el mantenimiento de las estructuras romanas hasta la plena Edad Media, y más adelante...).

François Sigaut insiste en dos propiedades originales del centeno (41). En primer lugar, la ausencia de indicaciones sobre su utilización bajo otra forma que el pan (dejando de lado algunos indicios para la cerveza, y el caso del pan de especias). Por lo tanto, “il n’y a rien d’in vraisemblable à supposer que les progrès du seigle au début du Moyen Age aient pu être liés à un développement de la consommation de pain dans des couches de la population qui, jusque-là, se nourrissaient d’orge et d’avoine consommées sous d’autres formes, de préparation plus simple et moins coûteuse”*. Por otra parte “ il est assez clair que, sauf dans les régions méditerranéennes où l’emporte le froment, le seigle domine presque exclusivement sur essartage ou écoubage dans le reste de l’ Europe”**. No podemos aquí desarrollar este aspecto, pero se ve con claridad que estas observaciones refuerzan singularmente la idea de una congruencia perfecta del pasaje al centeno y las transformaciones a la vez sociales y técnicas que siguieron al desmoronamiento de las estructuras sociales antiguas.

El examen de las propiedades agronómicas comparadas del trigo tierno y del centeno lleva a preguntarse en última instancia por qué el centeno no eliminó directamente al trigo de la Europa septentrional y media. En términos de “adaptación al ecosistema” este mantenimiento del trigo tierno parece una aberración. Los conocimientos actuales de ningún modo alcanzan lo indispensable para superar la etapa de puras hipótesis. Se pueden considerar dos direcciones de reflexión complementarias: por un lado el morcajo, por el otro, consumos diferenciados según los grupos sociales.

Se llama morcajo a un producto cerealero mezclado, lo más frecuentemente de trigo y centeno. La diferencia entre los ciclos vegetales sólo trae aparejados inconvenientes menores; en contrapartida, el agricultor dispone de una buena garantía de rendimiento gracias al centeno sobre todo y, accesoriamente, gracias a la diferencia entre los dos ciclos, así como de una calidad mejorada de la harina gracias a la parte de trigo. La dificultad del estudio del morcajo reside simultáneamente en la ausencia de un término claro y general en los documentos escritos y en la imposibilidad de deducir su presencia a partir de análisis carpológicos. Estaríamos tentados de proponer la hipótesis de una larga dominancia del morcajo en la producción campesina medieval destinada al autoconsumo.

El mantenimiento, materialmente paradójico, del trigo, proviene de la superioridad de su harina. La cuestión, más difícil de lo que parece, es la de saber en qué consistieron los mecanismos sociales de reconocimiento y valorización de esta “superioridad”. Aquí también, estamos limitados al terreno de las hipótesis. La más importante parece su relación con la antigüedad y su sobrevalorización por el cristianismo, tanto en el plano ritual como en el teológico. La harina blanca, la más blanca, siempre fue un alimento aristocrático, clara y masivamente percibida como tal: los ascetas y los penitentes renuncian a ella, los ciudadanos, incluso los modestos, buscaron sistemáticamente en ella una expresión de su superioridad. De pronto, los dominios propios de la aristocracia, especialmente los dominios eclesiásticos, orientaron toda su cerealicultura hacia el trigo, mucho más allá de lo “económicamente racional”. Lo que, dicho sea de paso, prohíbe absolutamente extrapolar a la agricultura en general indicaciones extraídas de las cuentas dominicales y manoriales, como lo hacen a menudo la mayor parte de los medievalistas.

Hacia 1150, Pedro el Venerable pidió a Enrique de Blois redactar un cuadro de las rentas de Cluny, doyenné (centro de explotación) por doyenné. Se ha conservado una copia de este registro para doce doyennés situados por una parte en el Mâconnais, en Bresse, y en Dombes, por otra parte (42). Una de las observaciones principales es la diferencia profunda entre lotes de cereales ingresados como tributo y productos del cultivo de los dominios (diferencia que, por una serie de errores filológicos, había completamente escapado a los comentaristas precedentes de este documento). Si se consideran, por ejemplo, los dos doyennés más cercanos a Cluny au Nord, Lourdon y Saint-Hyppolite, los tributos consisten sobre todo en cereales: 60 setiers de trigo y 243 de morcajo. Por los rendimientos, se conocen

mejor las cantidades sembradas: 104 setiers de trigo y alrededor de 90 setiers de cebada y de avena (cereales de primavera). Los rendimientos del trigo son muy bajos, 2,5 por 1. En Dombes, por el contrario, se siembra sobre todo centeno, con una relación de 4,9 por 1. El morcajo representa entonces alrededor del 80% de los tributos cerealeros, pero no se cultiva en los dominios, donde se prefiere sembrar trigo, incluso con un rendimiento irrisorio, o bien directamente centeno, si las condiciones son excesivas para el trigo, pero en este caso, con un rendimiento más interesante.

Estaríamos tentados de pensar, con cierta imprudencia, que este modesto ejemplo tiene valor de paradigma: la sociedad medieval se inclinaba entonces bajo el peso de enormes limitaciones materiales, que es necesario conocer de manera bastante precisa si se quiere analizar su economía; pero la lógica vigente era fundamentalmente una lógica social global, donde las relaciones de diferenciación y de dominación tenían un lugar central, sin consideración por lo que el sentido común actual designa hiperbólicamente como la “racionalidad económica”. El lugar predominante del centeno revelaba una organización orientada hacia la autosubsistencia, elección fundamental ligada a cierto tipo de estructura social, la misma que constituye la especificidad de la Europa feudal. Pero, al mismo tiempo, el trigo se seguía cultivando, a título de verdadero “indicador social”. Todo el cuadro ideológico aseguraba su sobrevalorización, que su escasez relativa apuntalaba eficazmente.

La cuestión de los animales de labor ha dado lugar a algunos trabajos cuyas conclusiones se han constituido en trivialidades que no se pueden desarraigar. Diversas verificaciones efectuadas en los últimos veinte años (43) han demostrado que estos alegatos no eran en absoluto fundados, y que nos encontramos en una situación de gran incertidumbre, la cual constituye una viva incitación a emprender investigaciones serias en este terreno.

Aquí también, es importante ante todo delimitar la amplitud de las transformaciones que se produjeron en los siglos V y VI. La evolución más significativa fue la disminución masiva en la talla de la mayor parte de los animales domésticos, del buey y de los ovinos en particular. En relación a los grandes bueyes romanos, los bóvidos de la Alta Edad Media habían perdido más del 20% en talla, y de la mitad hasta $\frac{3}{4}$ en peso. La talla de los caballos había disminuido otro tanto. Y se han observado evoluciones similares en las alzadas de la cruz en Lyonnais y en los Alpes del Norte (44), en la cuenca parisina (45) y en Baviera (46).

Las síntesis de Frédérique Audoin-Rouzeau actualizan ampliamente nuestro conocimiento sobre la evolución anatómica del ganado (47). La conquista romana trajo aparejada un aumento general en la talla de los animales (salvo en las Islas Británicas donde, a excepción del caballo, apenas se importaron animales). Este crecimiento sólo pudo haberse debido a las capacidades zootécnicas de los romanos (procedimientos de selección sistemática), es decir, a condiciones sociales y no ambientales. El fin del sistema romano marcó un derrumbe general y un regreso a las tallas anteriores, salvo para el caballo, fuertemente influido por los aportes de Europa Central y Oriental. Lo más inesperado es sin duda la continuidad del declive hasta el siglo XIII, que parece revelar sobre todo el carácter muy extensivo de la ganadería hasta este período. Sólo el caso del caballo es, una vez más, un poco particular: desde los alrededores del siglo X, se ven aumentar la escalas de las tallas, movimiento que se corresponde probablemente a una distinción creciente entre el caballo de labor y el caballo de guerra, este último objeto de cuidados más particulares, tal vez incluso de ciertos procedimientos de selección. Algunos bóvidos de mayor talla se observan a fines de la Edad Media y en la época moderna se ve aumentar progresivamente la media de la talla. El siglo XVII marca una clara aceleración. De manera global, es sorprendente la relación entre elección de los ganaderos (selección o no) y lógica social general. Las observaciones sobre la frecuencia relativa de las especies consumidas no son menos sorprendentes. Diversos índices permiten suponer la existencia en la época romana de la cría de animales de faena (bueyes), organizada para la comercialización (muy fuerte predominancia del buey en los campamentos militares). La Edad Media, en todo caso hasta el siglo XIII, no conoció nada parecido, salvo, en cierta medida, para los cerdos. En efecto, este animal, contrariamente a los bóvidos y a los ovinos, no producía más que carne. Sin embargo, se sabe que daba lugar a una cría muy extensiva en las zonas forestales. La arqueozoología demuestra la clara predominancia del cerdo en las mesas aristocráticas (en particular durante la Alta Edad Media), una presencia importante en las ciudades y una fuerte

subrepresentación en los depósitos de abono orgánico campesinos. De modo que nos encontramos muy lejos de la imagen “folklórica” del cerdo, la cual por lo tanto se convierte, sino en falsa, en todo caso reciente e inaplicable a la Edad Media. La influencia de la aristocracia laica sobre los espacios forestales se traducían entonces muy lógicamente por un aporte a base de carne específica; esto también muy diferente de la imagen habitual que nos hacemos (presa de caza), ya que esta última no proporcionaba, de hecho, más que una parte extremadamente modesta de la mesa aristocrática (48).

Los datos sobre el animal de trabajo en la Alta Edad Media son sucintos. Una fuerte dominancia, sino una exclusividad del buey, parece plausible. Lo que no impedía sin duda la utilización del caballo para el rastreado, allí donde se lo practicaba. Se debe recordar que una expansión significativa de la rastra se sitúa igualmente entre los siglos IV y VI (como además la adopción del mayal, desconocido para los romanos). François Sigaut (49) se inclina por atribuir una gran importancia a la introducción de la rastra y a ciertas formas de trabajo que le están ligadas; es indiscutible que la adopción de la rastra no pueda haber ejercido algún efecto sobre el ganado, ya que la velocidad es una condición principal de eficacia de este instrumento y sólo los caballos (incluso los de talla pequeña) son capaces de avanzar lo suficientemente rápido. Los manors ingleses descritos por el Domesday Book eran arados por bueyes y rastreados por caballos. John Langdon (50), por su parte, ha procedido a realizar una investigación sistemática para la Inglaterra de los siglos XI al XV. Ha arribado a resultados muy sugerentes. Si se considera el efectivo global de los animales de tiro, a fines del siglo XI, los caballos representan el 5% del total en los dominios aristocráticos y cerca de un tercio entre los campesinos. Hacia 1500, el porcentaje ha pasado al 40% para los dominios y al 60% para los campesinos. La evolución parece haber sido continua, únicamente interrumpida por un nivel estable en el siglo XIV. Dos aspectos son fundamentales: una evolución lenta e irreversible a favor del caballo, un porcentaje de caballos siempre más elevado entre los campesinos que en los grandes dominios. De esta diferencia, se extrae necesariamente la conclusión de que, en una buena parte sino en la totalidad del país, coexistieron tierras aradas por bueyes y tierras aradas por caballos. Es necesario entonces desconfiar de un determinismo pseudogeográfico y de una presentación demasiado corriente que presenta las desigualdades como diferencias entre zonas, dejando suponer la homogeneidad en el plano local. La explicación general de esta evolución parece, por el momento, fuera de alcance. Se puede señalar que la probable mejora de la capacidad física de los caballos los volvió, poco a poco, más eficaces que los bueyes; que el desarrollo de la alternancia –sensu proprio- favoreció y desarrolló el cultivo de la avena, facilitando entonces la alimentación de los caballos. Pero, por el momento, cuando se comprueba que una gran abadía pasó masivamente, en un momento dado del siglo XII o XIII del buey al caballo, no se logra comprender exactamente el por qué (51). Es más que probable que sea necesario considerar globalmente todos los mecanismos ligados a la ganadería y a las compras y ventas de animales, todo en relación con los cultivos. Se necesitan aún muchas investigaciones.

John Langdon insiste en un efecto inducido por la mayor presencia de caballos: la mayor movilidad de los campesinos. Como el caballo avanza dos veces más rápido que el buey, el campesino puede movilizarse a mercados dos veces más alejados; de modo que la zona de atracción potencial de cada mercado se cuadruplica. Pero este razonamiento sólo concierne a los campesinos con una sola yunta de animales. Se debe también tener en cuenta la significación central del caballo en la Europa medieval: el caballo era el animal noble por excelencia, el instrumento de poder de la aristocracia. No olvidemos el cuasi tabú alimentario sobre la carne de caballo. Por supuesto, existían tipos de caballos muy diferentes, adaptados a funciones bien distintas; pero se trataba sin embargo de una sola y misma especie, íntimamente ligada en la Europa medieval a una forma de representación del espacio que constituía una piedra angular de la representación del orden social. Nos inclinamos mucho a pensar que este gran movimiento, lento e irreversible, de “transición al caballo”, tal vez acelerado por tal o cual circunstancia favorable, estuvo sobre todo ligado a la dinámica social profunda del sistema feudal hacia una homogeneización tendencial cada vez más anunciada. Al menos tanto como a propósito de los cereales, se debe al menos desconfiar de todo análisis que cree oportuno encasillarse en el marco de una lógica económica putativa, o técnica, supuestamente autónoma.

Pero este peligro de encasillamiento, que impide observar las disposiciones sociales que dan sentido a las realidades materiales consideradas, no es sin embargo tal que no permita ciertas

observaciones empíricas útiles. La situación es mucho menos favorable en cuanto que los objetos implican, como núcleo mismo de su definición, una relación social. El empleo de una definición incompatible con los grandes ejes de organización de la sociedad sólo puede producir artefactos y montañas de contrasentido. El medievalista está demasiado dispuesto a utilizar como obvias nociones que figuran entre las más corrientes, cuyo carácter profundamente contemporáneo, que las vuelve inexportables, no percibe, o rehúsa ver: entre ellas, trabajo, precio, propiedad, y muchas otras. ¿Se sabe a ciencia cierta qué era un precio en la Edad Media? Es un poco sorprendente, pasando revista a algunos trabajos muy honorablemente conocidos de historia de los precios -F. Braudel y F. Spooner, Wilhem Abel, Ch. de La Roncière (52) - no encontrar la menor definición ni la menor reflexión sobre la noción. El excelente manual de Jean Bouvier, después de los capítulos dedicados a los medios monetarios y al crédito, examina los "precios y los mercados", pero este capítulo comienza de buenas a primeras por las fluctuaciones de precios, sin detenerse en los precios en sí mismos (53). Se puede todavía abrir algunos manuales clásicos de economía política: en Samuelson como en Stoleru se aborda sin previo aviso la cuestión del nivel de precios y sus fluctuaciones (54).

Buscando con un poco más de detenimiento, se descubre en la obra publicada bajo la dirección de Jean Fourastié, *L'évolution des prix à long terme*, un capítulo preliminar titulado: "Rapide revue de l'enseignement actuel de la science économique en matière de prix" (55). Sólo se encuentra en él un compendio sobre la formación de precios según Alfred Marshall y el resultado de algunas investigaciones sobre la manera de los empresarios de fijar los precios. Pero todo eso dice muy poco sobre lo que son los precios en sí, y J. Fourastié, algunas páginas más adelante, nos informa con gravedad que es necesario "raisonner le moins possible"*, y que "c'est l'évolution qui seule peut révéler le véritable sens d'un phénomène" (56)*.

La situación puede de este modo resumirse a grandes rasgos. Los economistas prefieren en general no considerar las realidades económicas como objetos concretos. Hablan entonces de "productos", "mercaderías", "servicios", y todas estas magnitudes son manipuladas, directa o indirectamente, en forma de magnitudes monetarias y, en definitiva, si bien esto es rara vez reconocido explícitamente, la monetarización es el criterio fundamental de pertenencia a la "esfera económica". Plantear la cuestión del precio es plantear la cuestión de la mercancía, es plantear la cuestión de la relación entre "económico" y "no económico", es plantear la cuestión de las supuestas "leyes del mercado", cuestiones imprudentes si las hay. Dado que la historia económica desde hace mucho tiempo está alineada en torno a las formas más rutinizadas y menos reflexivas de la economía política, no se logra ver de dónde podría haber surgido una interrogación sacrílega sobre los precios (57).

Y sin embargo todos los medievalistas saben de memoria la lista de todo lo que no estaba a la venta: los bienes raíces de la Iglesia, la ciencia (por lo tanto la enseñanza), el crédito; inversamente, la Alta Edad Media conocía el precio de la sangre (*wergeld*), y más tarde estuvo permitido comprar años de menos en el purgatorio (indulgencias). Lo esencial permanece que en casi toda la Europa medieval, la mayor parte de la producción era autoconsumida. En cuanto a la parte comercializada, ésta circulaba a través de mercados controlados, parcializados y compartimentados, con la ayuda de instrumentos monetarios escasos hasta el siglo XII y siempre heterogéneos. El examen de un trabajo exhaustivo, como el de los precios en Florencia en el siglo XIV, demuestra bien el carácter brusco y a menudo poco explicable de las variaciones a corto plazo; y más aún la discordancia entre las evoluciones locales y las tendencias generales a largo plazo, discordancia que arroja una duda irremediable sobre los esquemas en los que un pequeño número de "factores" tienen papeles simplistas en un guión recurrente en el que todo fluye implícitamente dentro de una lógica de mercado tan exclusiva como rudimentaria.

El examen de la noción de trabajo en la Edad media es absolutamente complementario de la noción de precio. En este caso, afortunadamente, ya se han llevado a cabo algunas reflexiones. Jaques Le Goff ha llamado la atención, desde hace mucho tiempo, sobre la ausencia de esta noción en la sociedad medieval (58). Ludolf Kuchenbuch ha retomado la investigación, con energías renovadas y en una vasta escala, en una gran obra lamentablemente inédita (59). En realidad, a pesar de ciertas apariencias, es muy peligroso emplear el término salario para cualquier tipo de ingreso medieval del que se trate. Es necesario seguir la sugerencia de Maurice Aymard, quien propone emplear sistemáticamente remuneración (60).

La noción de propiedad nos lleva a un paisaje de apariencia inversa: el exceso, de donde resulta la oscuridad (61). Desde los siglos XVII y XVIII, los jurisconsultos han producido sobre este tema una literatura superabundante, literatura de combate, que enunciaba los intereses de ciertas categorías sociales y pretendían una transformación más o menos profunda del orden social mismo; de ahí series de distinciones y amalgamas totalmente incompatibles con los fundamentos mismos de la organización social de la Europa medieval (62). Las secuelas de la Revolución Francesa y los grandes conflictos ideológicos del siglo XIX complicaron aún más la situación (63), por lo que cabe considerar con una total desconfianza todos los discursos de los juristas y de los “historiadores del derecho” sobre la sociedad medieval. Bajo apariencia de tecnicismo, los alegatos más extravagantes continúan circulando a título de verdades fundamentales. No se puede aceptar, ni bajo apariencia de tecnicismo ni por ninguna otra razón, el considerar que pueda haber algún denominador común entre una sociedad en la que es corriente obtener por compraventa la propiedad de un individuo en tanto tal, y una en la que esta práctica no existe. De forma más general, es un error grosero de lógica extraer argumento de la presencia de normas y de reglas en toda sociedad para inferir de esto la universalidad del Derecho. Puesto que, en nuestra misma sociedad, el Derecho no representa más que una parte limitada de las prácticas normativas, y no se puede seriamente considerar el Derecho como otra cosa más que un conjunto de estructuras y de prácticas específicas de la sociedad burguesa contemporánea (64). La extensión de este complejo nocional a otras sociedades constituye un anacronismo, sino una falsificación.

La sociedad medieval conocía numerosas formas de apropiación de tierras, lo que significa que no conocía la propiedad en el sentido en que nosotros la entendemos(65). Como esta sociedad se basaba en un fundamento agrario, esta cuestión de la apropiación no puede considerarse como una cuestión formal, si no se lo hace por un abuso de autoridad dogmática: es indisociable del estudio de conjunto de los procesos sociales implicados en la utilización agrícola de esas tierras. Todos los formalismos medievales de apropiación del suelo no tienen ningún sentido fuera de un análisis global de los procesos de puesta en cultivo y de reparto de los productos de la tierra, así como, por supuesto, de los mecanismos que permiten el control de todos los cuestionamientos. Todos estos procesos eran complejos y evolucionaron, pero su historia no ha sido escrita: la supuesta “historia del derecho” tal como se la practica es más un obstáculo que una ayuda en esta dirección.

Dejando de lado la agricultura, el sistema de producción medieval sólo conocía dos sectores de alguna importancia (al menos a partir del siglo XII): el textil (66) y la construcción. El estudio de la construcción en la Edad Media puede tomarse como piedra de toque de la capacidad de los medievalistas para dar cuenta, con un mínimo de claridad, de procesos que desempeñaron un lugar muy importante en esta sociedad, pero que escapan al alcance de nuestro “sentido común”.

A partir del siglo XI, se construyeron en toda Europa iglesias y castillos cada vez más imponentes y costosos. Este movimiento inspiró las siguientes reflexiones de R.S. Lopez (67): “La passion de construire toujours plus haut, toujours plus grand se propagea d’un pays à l’autre au XIIIè siècle. Des centaines de centres urbains ... se mirent à qui mieux mieux à edifier des monuments gigantesques ... hors de toute proportion avec leurs ressources et leurs besoins. Dès lors la bourgeoisie en avait fait les frais, non pas de ses deniers, mais en occasions perdues...”*. R.S. Lopez parece ignorar que decenas de miles de aldeas se lanzaron a edificar construcciones que, no por parecer más modestas, estaban menos “fuera de toda proporción con respecto a sus recursos y necesidades”, por citar sus propias palabras. Se esperaría de R.S. Lopez, sobre todo después de realizar tal alegato, que al menos nos propusiera una hipótesis que ilumine las razones profundas de una “desproporción” semejante; pero sólo se encuentra una condena argumentada de la desmesura y la impericia. Lo que en Adam Smith era una declaración de guerra, no es aquí más que signo de una perfecta buena conciencia en este anacronismo que da al sentido común, que en los hechos no es más que la expresión de la lógica social de la segunda mitad del siglo XX en Europa, un alcance universal.

Tal vez no sería completamente inútil examinar lo que ha podido decir la gente de la época. Es lo que ha intentado hacer Martín Warnke en una investigación sobre “la sociología de la arquitectura medieval a través de las fuentes escritas “ (68).

La introducción se dedica al problema que acabamos de evocar: ¿en qué medida los textos medievales iluminan la noción de “necesidad”? Se puede ver rápidamente el caso de los puentes, los hospitales, los mercados, aun cuando los debates y los cuestionamientos hayan sido numerosos. En cuanto a las construcciones eclesiásticas, Martín Warnke destaca en los textos un verdadero “tópico de comparación” que además evolucionó utilizado para evaluar de alguna forma todas las construcciones de cierta importancia por comparación con construcciones análogas situadas en un área interregional, es decir, eventualmente al otro extremo de Europa. Este verdadero sistema de evaluación se imponía a todos; como los edificios constituían instrumentos fundamentales de legitimación, ninguna institución, eclesiástica ante todo, podía renunciar a inscribirse en este sistema, salvo a condición de desaparecer. Las construcciones aparecen así como medios de representación y herramientas de funcionamiento (y de reajuste tendencial) de la red eclesiástica que articulaba la Europa medieval.

La primera parte se limita a la caracterización de los medios empleados. Los textos prestan gran atención al origen de los recursos. A veces un personaje único, obispo, abad, gran laico, estaba en condiciones de hacerse cargo de la totalidad del gasto, lo que constituía para él un título de gloria. Pero ante la proliferación de las *Eigenkirchen*, los clérigos reaccionaron ampliando el campo de los donantes. El llamado a los príncipes fue incesante, la preferencia por fuentes alejadas permitía, a la vez, evitar una influencia molesta y desarrollar redes útiles a escala europea. Los diversos estratos de la población fueron también convocados, a cambio de beneficios espirituales apropiados. A la ampliación del abanico de recursos correspondía un reparto tendencial del poder de decisión. *Auxilium* y *Consilium* iban a la par. Las exigencias de derecho de control regular condujeron a la constitución de fabricas. Pero los prelados podían utilizar la variedad y la dispersión de los financiamientos para conservar el control de las operaciones; o bien, llegado el caso, emplear procedimientos de apelación, ya sea a los monarcas, o más frecuentemente, al papado y a sus legados.

En una segunda parte, Martín Warnke intenta captar el discurso medieval relativo a la contrapartida esperada de la construcción. Dios y los pobres eran los destinatarios proclamados; toda forma de egoísmo, denegada y vilipendiada; aquí radica toda la dificultad de la relación entre *opus Dei* y los beneficios espirituales. Sólo a los obispos les estaba reservada la posibilidad (muy eficaz) de distribuir indulgencias. O, en definitiva mucho más cómodas, y de uso muy corriente, las reliquias. Invención de reliquias, culto nuevo en lugar de los antiguos, peregrinación por un relicario, y tantos otros procedimientos que desencadenaban el entusiasmo y llenaban las cajas. La presencia y el culto de las reliquias aparecían como una garantía fundamental de participación en la beatitud de los santos (*pignora sanctorum*) y, mediante las ofrendas, se intentaba obtener el máximo patronazgo espiritual. El culto a los santos era uno de los pivotes esenciales de la Iglesia y del sistema social medieval en general. Por otra parte, si se trataba de fortificaciones laicas, cada cual anteponía la pública utilidad, tanto a propósito de los castillos (*chateaux-forts*) como de los palacios principescos o de las fortificaciones urbanas. La situación variaba según las zonas, dando lugar a tensiones frecuentes. A partir del siglo XIII, se desarrollaron codificaciones relativas a los derechos de cada cuerpo y de cada institución en materia de construcción. De aquí resultan formas de estabilización de estas empresas, bajo la forma de servicios urbanos de construcción o de las obras de las catedrales.

La tercera parte de la investigación sobre los textos apunta a iluminar algunas causas y consecuencias prácticas de ese vasto movimiento de desarrollo de la construcción. A título de factor favorable, Martín Warnke retiene esencialmente el auge de la circulación monetaria. Las grandes obras salieron a la luz esencialmente gracias a la posibilidad de movilización masiva de numerario (69). Se tiene incluso la impresión de que estos medios financieros a menudo superaban los medios técnicos disponibles; de donde surgen, tal vez, cierta torpeza y una frecuencia elevada de accidentes de todo tipo. El número y la importancia de estas obras provocaron la aparición de grupos de especialistas, más o menos itinerantes. Alrededor de cada obra, la función de administrador (*camerarius*, *prepositus*) adquirió un peso creciente. Los organismos laicos mejor estructurados intentaron organizar las actividades de construcción (y la supervisión de los trabajos) a vasta escala: fue el caso sobre todo de la monarquía inglesa a partir del último tercio del siglo XII.

El primer arquitecto urbano es mencionado en Bourges en 1247. Pero la existencia misma de arquitectos era problemática: personas a las que se les confiaban tareas cruciales, incluso cuando se

trataba de “vagants”. De aquí surgen las tentativas de fijación, que se multiplicaron a fines del siglo XIII. En 1257, los dos arquitectos principales del rey de Inglaterra fueron hechos caballeros.

Martín Warnke termina por demostrar cómo el pasaje de operaciones espacial y socialmente puntuales a procesos cada vez más comunes y que implican elementos cada vez más numerosos de la estructura social, correspondió a una elevación del nivel de calificación de los ejecutores y a exigencias crecientes en términos de calidad del producto; de donde resultó, como contrapartida, una capacidad mayor para apreciar esos productos y elaborar una escala de juicio cada vez más refinada.

Se percibe con claridad todo lo que un enfoque de este tipo puede aportar a una historia del arte acostumbrada a quedar fijada sobre los objetos en sí mismos, y a examinar los textos, en el mejor de los casos, parte por parte como fuentes de información sobre tal o cual objeto. A partir del momento en el que, por el contrario, las construcciones se conciben como forma de representación de la sociedad, la lógica del juego social puede recuperar su lugar y ciertas evoluciones fundamentales en relación a lo que comúnmente entendemos por “arte” pueden encontrar un sentido diferente del de engendramiento de formas por formas. En el caso de operaciones de gran amplitud material, los textos insisten sobre el origen de los recursos y, de ahí, vuelve a surgir la implicación de grupos cada vez más amplios en el esfuerzo financiero, facilitada por el auge de la circulación monetaria.

Pero esta prueba de una amplia participación y de la existencia de redes y de sistemas de comparación deja irresuelta, sin embargo, la dificultad fundamental. Ni el atractivo de las reliquias, muy visible, ni el “repräsentativer Bauzwang”, que se deduce, pueden dar cuenta del sentido social profundo de las construcciones de culto en tanto que pivotes y elementos primordiales de la estructura social de la Europa feudal. Los textos medievales contienen, sobre esta dificultad como sobre muchas otras, elementos de información irremplazables. Pero no pueden hacer más que expresar “el sentido común” del siglo XII o XIII, y es poco razonable esperar de un sentido común, de la época que sea, que enuncie la lógica de su articulación, o a fortiori la lógica del sistema social del que es sólo uno de sus elementos. En definitiva, si se quiere dar cuenta de este enorme esfuerzo económico que constituyó el movimiento de construcción de iglesias en los siglos XI al XIII (70), no se puede evitar una reflexión metódica sobre la relación del culto con los lugares del culto en el sistema medieval, y sobre la función del espacio y de una forma específica de articulación social del espacio en este mismo sistema. Lo cual significa poner al día la lógica de conjunto de esta sociedad.

Analizar la economía medieval supone nunca perder de vista que hay que poner en relación los objetos y las relaciones sociales, que son las únicas que les dan sentido. Sobre esta base se puede emprender una descripción razonada del sistema de producción medieval. Pero ese sistema no tenía ninguna autonomía con respecto a un todo social cuya lógica general no es pensable en los términos de lo que las representaciones actuales designan como lo “económico”.

Reflexiones

En contra de una tradición corporativa inveterada, es necesario recordar que el rechazo de la reflexión en ningún caso es una virtud, y que, en el marco de una actividad intelectual, es un absurdo. La investigación histórica ha padecido demasiado esta regla que divide toda operación en dos fases: 1. análisis, 2. redacción. Si se rechaza la existencia de una fase prolongada de reflexión, explícita y organizada, se reduce la historia a un relato, y al historiador al rango de simple administrador de la ideología corriente. No perdamos de vista las conclusiones del cartista Georges Espinas, en referencia a la historia económica en Francia en 1906 (71): “En un mot, à tous égards, il faudrait moins de faits et plus de théorie, moins d'analyses et plus de synthèses et, par cela même, il ne serait pas inutile d'être par fois moins concret et plus abstrait”*.

Al menos tratemos de proponer algunas pistas en esta dirección. En primer lugar, se intentará precisar cuáles son los problemas principales, o si se prefiere, las dificultades básicas que surgen de la organización específica del sistema de producción y de intercambio medieval. En segundo lugar, se intentará demostrar a qué exigencias deben someterse los procesos analíticos, si se desea que conduzcan a resultados aceptables; por último, se sugerirán diversos ejes de investigación susceptibles de aportar alguna renovación a esta disciplina.

En nuestra sociedad, la definición implícita de lo económico está ligada a la práctica de la contabilidad: contabilidad de la nación, contabilidades de empresas, presupuestos domésticos. Todo individuo aparece en ellas, de una u otra manera, como consumidor; pero el procesamiento de las actividades es mucho más problemático. Quien dice contabilidad, dice monetarización, es decir, mercancía, es decir, mercado, o más bien Mercado, como institución que domina todas las otras. En nuestra sociedad, el Mercado es bien real, y esta manera de considerar la economía remite a estructuras imponentes: el análisis a través de asientos contables, o de ecuaciones que derivan de ellos, permite dar cuenta de una parte, al menos, de los “mecanismos” de dicho Mercado. Pero la dominancia del Mercado no es un hecho natural: se explica por un juego específico de estructuras sociales, y es justamente por esto que la econometría no puede alcanzar más que una parte limitada de la realidad, y siempre en el interior de un intervalo de tiempo bastante breve, aquel que puede con realismo corresponder a ese artefacto intelectual que son las “estructuras sociales fijas” (72).

En cambio, cuando nos remontamos más allá del siglo XVIII, o tal vez, en ciertas regiones, de la segunda mitad del XVII, la dominancia de un mercado general deja de ser una noción aceptable. Este punto es crucial, y es necesario saber que es y ha sido explícita o implícitamente cuestionado. Los fundadores de la economía política clásica, y luego los marginalistas, han instalado como un dogma previo la universalidad del sistema de mercado; e incluso se encuentran antropólogos en número no desdeñable para intentar analizar según estos principios la economía de tal o cual sociedad llamada primitiva. Por supuesto, la diferencia entre los principios y la realidad es entonces tal, que el análisis no puede evitar abandonar dichos principios apenas después de haberlos enunciado, para derivar en una descripción extremadamente pobre, fijada en cuadros *passe-partout* extremadamente discordantes (73). Fue el gran mérito de la “escuela histórica” alemana, durante toda la segunda mitad del siglo XIX, el haber sabido denunciar este dogma indefendible. Sus diversos miembros, de W. Roscher a G. Schmoller y Karl Bücher, por citar sólo a tres de los más conocidos, se esforzaron por demostrar que la economía, a lo largo de la historia, varía profundamente, tanto en lo que concierne a sus ejes principales como a su papel en el todo social. En la línea de esta tradición, se situó Karl Polanyi (74). Nacido en Budapest en 1886, hizo estudios de derecho y economía política; periodista en Viena, emigró en 1933 y enseñó historia económica primero en Inglaterra, y luego, partir de 1947, en Nueva York; murió en 1964. Aunque Polanyi rechaza el evolucionismo común a la mayor parte de los miembros de la “escuela histórica”, comparte profundamente con ellos la idea de que la sociedad contemporánea es la única en la cual la economía funciona según los esquemas de los economistas. Propone la noción de “encastramiento” (*embeddedness*) de la economía en las restantes relaciones sociales, y tres principios generales de funcionamiento de los sistemas económicos: reciprocidad, redistribución, intercambio. Es curioso observar el interés sostenido de los historiadores por K. Polanyi durante los últimos veinte años (75), interés concomitante con una completa ignorancia de los aportes de la “escuela histórica” y de los rumbos de las tentativas de historia económica que ella había podido inspirar. Nos quedamos al menos perplejos cuando consideramos que, durante décadas, la historia económica medieval o la del siglo XVI han sido enseñadas en Francia a través de manuales explícita y sistemáticamente organizados en torno al “juego de la oferta y la demanda” (76). ¿En estas condiciones, cómo reprochar a los estudiantes cierto anacronismo, aun el más flagrante?

Sería ciertamente útil releer con atención los trabajos de la “escuela histórica”, pero no debería ser cuestión de rehabilitar el evolucionismo de esta escuela, así como tampoco la tipología de K. Polanyi. Puesto que el rechazo de los dogmas universalistas de la economía política, si fuera necesario, sólo toma sentido a partir del momento en el que, sobre la base de una definición “sustantiva” de la economía, se llega a elaborar un cuadro nocional suficiente, al menos para proponer eficazmente el problema de las relaciones entre el todo social y el conjunto de los fenómenos de producción (77).

Un pequeño cuestionario de apariencia rudimentaria permite un enfoque más concreto: 1- ¿quién controla el acceso a los recursos y medios de producción? 2- ¿quién controla el proceso de producción en sentido estrecho (proceso de trabajo)? 3- ¿cómo se reparten los productos? Frente a estas preguntas, la tentación es responder proponiendo nombres de “grupos sociales”; y esto es lo que hay que evitar a toda costa. Estas preguntas remiten a relaciones sociales; es necesario, entonces, responder en términos de relaciones sociales. Si, según la terminología de K. Polanyi, la economía estaba

“encastrada”, esto significa, de hecho, que no existían estructuras sociales específicas y autónomas para administrar, de alguna manera, este género de funciones. Una abadía, un cuerpo urbano, una parentela, eran formas concretas de organización social, entre otras (78), en el seno de las cuales funcionaban las relaciones sociales que intentamos identificar. Está claro que la pregunta inevitable en este sentido es: ¿qué papel jugaban estas relaciones ligadas a la producción en el seno de estructuras cuyo objeto explícito aparece como otro totalmente diferente?

Conocemos la hipótesis formulada por Karl Marx: el movimiento mismo de la historia resulta de las tensiones entre dominantes y dominados. Al hacer esto, Marx se limitaba a retomar por su cuenta la fórmula de Guizot: “L'histoire de l'Europe est l'histoire de la lutte des classes” (79)*. Y el mismo Guizot ampliaba y generalizaba la idea de Voltaire de una Europa emergiendo del oscurantismo por la lucha de los burgueses y de las ciudades por la civilización (80). Se debe subrayar que Marx jamás propuso una imagen construida y coherente del sistema de dominación medieval (81). Por otra parte, además de un sistema conceptual de una eficacia analítica a la que ninguna tentativa posterior ha logrado, ni de lejos, aproximarse, se le deben sobre el tema que nos ocupa algunas observaciones cuyo alcance no debería ser subestimado, y de las cuales retendremos aquí dos.

En primer término, la afirmación de que una circulación monetaria, incluso muy activa, no conduce necesariamente al capitalismo (82): “La simple existence de la fortune en argent et même la conquête d'une certaine suprématie de sa part ne suffisent nullement pour que la dissolution se produise en aboutissant au capital. Sinon, l'ancienne Rome, Byzance, etc. auraient achevé leur histoire avec le travail libre et le capital, ou plutôt entamé une nouvelle histoire. Car-là bas aussi, la dissolution des anciens rapports de propriété fut liée au développement de la fortune en argent -du commerce, etc. Mais, au lieu de mener à l'industrie, cette dissolution mena en fait à la domination de la campagne sur la ville”*. Lo que nosotros de buen grado traduciríamos diciendo que es necesario evitar confundir la monetarización de la economía y la dominación del Mercado.

La segunda observación, es mucho más fundamental y aparece repetidas veces. Consiste en subrayar que el sistema capitalista es el primero en el cual la explotación, es decir, la extracción de plusvalía por los dominantes sin contrapartida, se efectúa a través de un mecanismo ligado al Mercado, el salario, que adopta la apariencia de un intercambio equivalente. Por el contrario, todos los sistemas anteriores se basaban en extracciones explícitas y visibles en tanto tales (83). Este punto era considerado por Marx como una especie de hecho general de experiencia y no se detuvo allí, ya que toda la empresa de *El Capital* apuntaba a elucidar la situación contemporánea. Si lo analizamos en profundidad, Marx no parece haberse cuestionado seriamente sobre los mecanismos concretos de evolución de los sistemas precapitalistas ni sobre la lógica propia de su dinámica (84).

En el caso de la Edad Media, una vez reconocido el hecho de que la lógica del mercado era extraña al sistema, nos encontramos frente a tres grandes problemas:

1 - ¿Qué es lo que aseguraba el funcionamiento y la reproducción de un sistema social en el cual la fracción dominante de la sociedad efectuaba extracciones visibles y con contrapartida sólo ficticia?, o, si se lo prefiere, ¿qué es lo que aseguraba a esta clase dominante una legitimidad tal como para que sus exigencias, durante siglos, hayan podido parecer a la gran masa de la población como fundadas en la naturaleza?

2 - Los intercambios, que sin embargo existían, permanecían limitados y, sino puntuales, al menos fragmentados en circuitos localizados y/o que no se comunicaban entre ellos. Todo ocurre como si el sistema social hubiera estado muy ampliamente organizado para evitar que los intercambios pudieran tener el menor efecto sobre las estructuras de la sociedad. Europa es una zona bastante vasta, y es indiscutible que conoció durante más de un milenio un sistema social no desprovisto de coherencia y homogeneidad. La noción de civilización medieval no es cuestionada (85). Sin embargo, ante la ausencia de un mercado general, ¿de dónde provenía esta coherencia? ¿Mediante qué relaciones sociales estaba asegurada?

3 - Del mismo modo que tendía a restringir los intercambios en un espacio estrechamente delimitado, el sistema medieval tendía a una reproducción idéntica. El ideal social proclamado y repetido por todas partes era el mantenimiento (86); y, en verdad, la lucha contra la degradación por todas partes amenazante con frecuencia aparecía como un ideal inaccesible; una eventual mejora sobre un punto

particular a menudo era percibida como la contrapartida de una pérdida en otro. Y sin embargo, la Europa medieval está lejos de haber permanecido inmóvil; y el movimiento, más o menos convulsivo, que la arrastró del siglo VII al XVI raramente es considerado por los historiadores como una decrepitud. ¿De dónde surge este movimiento? Medido según la vara de los criterios contemporáneos, hay ciertas apariencias de enriquecimiento, es decir, progreso: ¿progreso de una sociedad cuyo ideal era la inmovilidad?

Estos tres problemas, -legitimidad de la dominación, fundamentos de la coherencia, origen de las transformaciones- son insoslayables si se espera tener en cuenta la especificidad de la organización social de la Europa medieval, así como su sistema de producción. Problemas planteados muy rara vez.

Si algunos medievalistas perciben a veces (¡de lejos!) esta dificultad, se tranquilizan de inmediato mediante un pequeño silogismo que, creen, demuestra la imposibilidad de una visión demasiado global para corresponderse con preguntas de este género. En efecto, la práctica profesional es tan estructurada que valoriza, contra toda racionalidad, una "especialización" a ultranza. Los medievalistas, como la mayor parte de los historiadores, con frecuencia realizan así, una práctica estrechamente parcelaria: uno un depósito de archivos, otro una colección de manuscritos, otro un campo de excavaciones; o bien tal microestructura al interior de tal cuadro espacio-temporal lo más restringido posible. La mayor parte de los historiadores se imagina que una restricción semejante del cuadro de observación evita errores por ignorancia y asegura la familiaridad necesaria con el campo escogido. Por esto, la ampliación del ángulo de observación, cuando se la considera, se opera por yuxtaposición de familiaridades: de ahí la proliferación de obras colectivas, en las cuales el alineamiento de especialistas patentados nunca conduce a alguna aproximación coherente.

La ideología perentoria de la "interdisciplinarietà" descansa sobre una confusión radical: la visión tornasolada del caleidoscopio no es más que una ilusión; ilusión agradable, pero ilusión al fin, y en oposición a todo progreso en los conocimientos. Por una simple razón: familiaridad no es intelección. Todo lo contrario. Cuando se las ha frecuentado mucho tiempo, evitando hacerse toda problematización de orden general, las cartas remiten a procesos sociales incomprensibles, las crónicas están repletas de relatos para quedarse dormido, los penitenciales están tejidos de normativas absurdas, los documentos judiciales descubren prácticas bárbaras e ineficaces, los enormes monumentos están destinados a liturgias rocambolescas, ... en efecto, terminamos por acostumbrarnos a cualquier cosa, terminamos incluso por sentir cierto placer por una familiaridad con objetos tan exóticos, y perdemos "cette faculté d'étonnement qui est le principe même de la recherche scientifique"* (Marc Bloch). El progreso de un conocimiento racional supone una lucha metódica contra la tentación de la familiaridad tanto como la voluntad de aproximarse a lo que de ordinario no lo es (87), y de hacer estallar las nociones corrientes. ¿En realidad se necesita coraje para rechazar el respeto por toda creencia que aparece como un obstáculo al progreso de conocimientos racionales?

La historia económica se funda en gran parte sobre textos, pero también sobre objetos. En el caso de la economía medieval, la parte de los objetos tiende a aumentar, en particular gracias al desarrollo de la arqueología y de las técnicas de análisis cada vez más eficaces ligadas a ella. La principal dificultad radica, en un caso como en el otro, en percibir las relaciones sociales que son las únicas que dan sentido tanto a las palabras como a los objetos.

Las relaciones sociales no son como las piezas de un motor o las células de un organismo: sólo tienen existencia en la medida en que tienen un sentido, sentido que no puede remitir a otra cosa que a una estructura global que se llama una sociedad. Allí reside la dificultad y el problema tanto de la sociología como de la historia: descubrir en cada instante la relación entre las realidades materiales perceptibles y las relaciones sociales, fundamentalmente abstractas, que les dan cuerpo. De aquí la importancia capital de las herramientas de análisis, del instrumentarium científico y su modo de empleo. Se evocarán aquí tres aspectos: el problema de las estructuras semánticas, el problema de la supuesta "cultura material", el objetivo de articulación de las diferentes relaciones sociales.

Aparentemente, los textos están hechos de palabras. El historiador debe recordar a cada paso que el vocabulario no es un montón de palabras, sino un entretejido de estructuras semánticas. Contra la ilusión atomista del diccionario, es necesario recordar que una palabra no es más que un nudo de

relaciones en el seno de un campo semántico (o de varios). Esta noción de campo semántico es uno de los más grandes descubrimientos de las ciencias sociales del siglo XX y ha sufrido un destino miserable (88). Por supuesto, los campos semánticos que se logran reconstruir penosamente disecando los textos disponibles no remiten a ninguna otra "realidad" más que a las representaciones; pero, por esto mismo: es esencial no olvidar que no existe ninguna actividad económica sin representaciones; y que toda historia económica que descuide la reconstrucción de las representaciones inherentes a las actividades estudiadas culmina muy rápidamente en incongruencias. A menudo nos contentamos con ciertas notas sobre las palabras que designan objetos o acciones sin equivalente en el léxico actual; pero sólo un estudio metódico de la totalidad del vocabulario de los textos utilizados puede permitir esperar una orientación de las articulaciones importantes en el seno de las representaciones concernidas. Sin tal procedimiento, nos exponemos a tomar variantes secundarias para distinciones importantes o, peor aún, a dejar escapar las relaciones básicas. Si consideramos el estado actual de la investigación, no es indispensable contar con el don de profecía para pensar que, el día en que un procedimiento semejante se ponga efectivamente en práctica, las visiones que poseemos de la economía medieval se modificarán en forma radical.

Sin embargo, no debería ser cuestión de considerar las representaciones que tienen curso en una sociedad como una ilustración adecuada de esta sociedad y de su funcionamiento: es necesario conocer las taxonomías indígenas, que son un elemento de la realidad social analizada, pero sólo un elemento, y un elemento ambivalente, encargado de estructurar el proceso, pero también, y en muchos casos sobre todo, de camuflar su naturaleza profunda. Por ejemplo, de asimilar procesos diferentes, o por el contrario, de hacer pasar por capitales diferencias mínimas sino ficticias. Y este proceso de desplazamiento y descentramiento es en sí mismo una relación social que conviene tener muy en cuenta. Es justamente por esto que no deberíamos renunciar a la constitución de una terminología científica, que en ningún caso puede confundirse con las nociones corrientes actuales, pero que tampoco debería estar formada por el léxico de la época considerada. Tanto sobre este punto como sobre el precedente, es inútil insistir sobre la diferencia entre lo ideal y la realidad de la situación historiográfica.

El interés por los objetos tomados en sí mismos era, y aún es, un asunto excluyente de los anticuarios. En el peor sentido del término: *laudatores temporis acti*. Sólo una sociedad desorientada puede aceptar reconocer un "valor" a un pedazo de madera o a un muro informe bajo el único pretexto de que son antiguos ("de época"). Y la bien conocida colección "la vida cotidiana en ..." se corresponde en lo esencial, reconozcámoslo, con esta imperfección; inofensiva, es cierto, pero sin relación con una perspectiva científica. Y nos tropezamos con ambigüedades más que molestas, cuando consideramos las prácticas ordenadas bajo etiquetas como la de "cultura material" (89) o "Alltagsgeschichte" (90). Un materialismo primitivo se codea aquí gustosamente con reinvidicaciones étnico-nacionalistas, es decir, una demagogia populista que vira al *völkisch* sin advertirnos del peligro.

Un ejemplo, limitado pero esclarecedor, es proporcionado por la numismática. Esta práctica, *stricto sensu*, es de orden descriptivo y museográfico: identificar y datar los tipos monetarios. En este estadio, la única utilidad de la numismática, para el historiador, es la de facilitar la transformación de las estratigrafías de excavación en cronologías absolutas. El pasaje del estudio de las monedas (arandelas metálicas), a la moneda (herramienta de intercambios) es, en la práctica, extremadamente peligroso y desemboca frecuentemente en esa catástrofe intelectual que es el monetarismo. De donde se origina, desgraciadamente, por reacción, la catástrofe inversa que es la historia monetaria que pretende evitar toda consideración de las especies metálicas en tanto realidad material y mercancía. Las tentativas equilibradas, aquellas que permanecen metódicamente atentas al hecho de que la moneda antigua es, indisolublemente, una realidad material y una relación social, son muy escasas. Saludamos el esfuerzo reciente de Marc Bompaire (91).

Todo historiador que ha hecho excavaciones lo ha comprobado repetidas veces: en el suelo se encuentran muchos objetos que se dejan identificar difícilmente; en tanto que un objeto que no es identificado (es decir, ha pasado tanto tiempo que no se puede superar la definición "elemento de muro" u "objeto metálico"), permanece por así decir inexistente con respecto al análisis, y la cantidad de información que se extrae de él es cercana a cero (92). El "muro" sólo nos sirve si se dice: muro de

apoyo, muro de cierre, hábitat, taller, lugar de culto, etc., es decir, si indicamos su uso social, en otras palabras, su sentido. Sin duda alguna (a nuestros ojos ...) es más importante, en el caso de una sociedad en una región y una época dadas, saber si los hábitats eran tiendas, cabañas de madera, chozas de adobe o casas de piedra tallada, que conocer la cronología de los "soberanos" y las batallas; en el caso de sociedades medievales, a menudo sucedía que se encontraban cabañas de adobe al lado de grandes construcciones de madera, o las chozas al lado de imponentes residencias de piedra. Es indispensable para el análisis del funcionamiento de una sociedad conocer bien las limitaciones, en materia de recursos y técnicas, con las cuales se topaba, pero estas limitaciones no son separables de las limitaciones puramente sociales, engendradas en particular por las formas específicas de reproducción de las relaciones sociales utilizadas en la sociedad considerada (93). Tener en cuenta algunas de estas limitaciones y olvidar las otras conduce rápidamente a la ficción y a la incoherencia.

Todo lleva a pensar que las dos nociones de sentido y de estructura social son coextensivas, sino intercambiables hasta cierto punto. El anticuario, el genealogista y el biógrafo cultivan preocupaciones que, por estimables que sean, apenas tienen puntos de contacto con las de aquello que se esfuerzan por dar cuenta racionalmente de la evolución del pasado humano. El historiador parte de la idea de que cada sociedad atribuye a sus prácticas un sentido que le es propio: la reconstitución laboriosa de este sentido no es otra cosa que aquella de las estructuras y la dinámica de la sociedad considerada. El estudio de los fenómenos de producción en la sociedad de la Europa feudal no puede descuidar ni la reconstitución de las estructuras de representación, ni la de todas las realidades materiales concernidas. Es imperativo reconstituir las relaciones de todos estos elementos los unos con los otros; la sustancia del conjunto de estas relaciones es la estructura social misma (94).

Para finalizar, intentemos sugerir brevemente algunas estrategias prácticas: liquidar nociones inapropiadas; identificar relaciones-claves; emplear procedimientos numéricos para intentar cernir ciertas estructuras o, al menos testear, su coherencia.

¿Quién le reprocha a Luis XIV no haber utilizado carros de asalto o a Napoleón no haber enviado cohetes a la luna? Sin embargo, son numerosos los medievalistas que no temen lamentar "el débil nivel de inversiones" en la sociedad medieval; un volumen reciente se titula sin reticencia "el crecimiento agrícola en la Alta Edad Media", sin duda confundiendo al abad de Corbie con un granjero del Middle-West ... Un autor que se declara marxista habla de "capital señorial agrario" e incluso de "capital señorial industrial" (95). G. Fourquin, además de la ley de la oferta y la demanda, el crecimiento y las inversiones, agrega los "tres sectores" y, para estar a tono, anuncia: "le développement est une course de vitesse entre la croissance démographique et le progrès technique" (96)*. Naturalmente, los siglos XIV y XV son los de la "gran depresión" (97). Si le agregamos propiedad, asalariados y coyuntura, ya no podemos ver lo que distingue la Europa del siglo IX o la del XIII de la nuestra. Por otra parte, esta sería tal vez la concepción, reconocida o no, de los autores citados. Si se trata de "probar" la eternidad de nuestro sistema social, esto tiene un sentido. Si se toma con seriedad la idea de transformación y dinámica sociales, todas esas nociones deben desaparecer inmediatamente del vocabulario de los medievalistas.

Inútil es lamentarnos: la eliminación de todas estas nociones y de su entorno (creencia en la eternidad de las nociones de nuestro sentido común, creencia en las "propensiones", también eternas) no es un asunto menor y necesitará coraje y energía.

La contrapartida inevitable de esta operación se concibe con facilidad: la orientación y la determinación de las relaciones-claves específicas de la estructura de la economía medieval (98). La sociología (99), y tal vez más aún la antropología, por más que se corresponden con su visión comparativo universalista, han logrado sólo hasta cierto punto elaborar nociones exteriores al sentido común y dotadas de una buena eficacia analítica; pero los préstamos son difíciles por varias razones; muchas de las nociones empleadas por los etnólogos en realidad sólo tienen valor descriptivo y local. Debemos desconfiar particularmente de todas las tipologías *passé-partout*, cuyo valor explicativo es casi siempre nulo y cuyo empleo instrumental es muy peligroso, ya que toda tipología recela las distinciones y reagrupamientos cuya lógica se corresponde rara vez con aquella de la estructura estudiada. De forma general, podemos decir que la sociedad medieval, muy profundamente diferente a

la nuestra, no es menos radicalmente distinta de la mayor parte de las sociedades que interesan a los antropólogos.

Hemos propuesto denominar *dominium* a la relación fundamental de dependencia medieval, por la cual el dominante ejerce simultáneamente, y en un sólo movimiento, su dominación sobre las tierras y sobre los hombres. Un complemento esencial de esta relación es una forma específica de representación del espacio, que puede definirse como un espacio heterogéneo y polarizado. También se puede demostrar así que esta estructura es portadora de una dinámica (puramente social) específica, que se tradujo especialmente, en el siglo XII, por dos movimientos de gran alcance: el enceldamiento y el nacimiento de la topolínea (100).

La forma práctica que estructuró toda la Europa feudal fue la Iglesia, verdadera espina dorsal del sistema: la Iglesia era la institución dominante del sistema feudal europeo, como el Mercado es la del mundo contemporáneo. Lo que, dicho sea de paso, corresponde al hecho, generalmente negado, de que el alto clero era la fracción superior de la clase dominante.

La lógica de funcionamiento de esta institución dominante estaba determinada por su papel fundamental de apoyo y de puesta en forma de la relación de *dominium*. Justamente en este marco adquieren todo su sentido las originales e incisivas investigaciones de Bartolomé Clavero (101), quien se ha propuesto demostrar la coherencia sociológica y económica del discurso "teológico" de los grandes pensadores españoles del siglo XVI, Vitoria, Soto, Bañez, Molina (102). Cuando se las analiza, las nociones básicas, como *caritas*, *justicia*, *gratia*, *beneficium*, revelan sentidos sin relación con los que les da la ideología *sansulpiciana*, sentidos que definen precisamente las formas de relaciones sociales cuyo conjunto constituye un verdadero modelo, coherente, de estructura social; modelo cuya gran proximidad con los grandes ejes de la estructura social real de la Europa medieval no sería demasiado difícil demostrar.

Probablemente sería no menos interesante examinar los grupos como *ordo*, *potestas*, *auctoritas*, o *ars*, *labor*, *opus*. Se necesitarán numerosas investigaciones de este género para lograr delimitar las relaciones que convendrá retener especialmente.

Una última vía parece deber considerarse como una de las prioridades actuales: establecer una verdadera estadística histórica que, teniendo en cuenta los errores y las insuficiencias de la "historia cuantitativa", permita la implementación de procedimientos realmente estadísticos y apropiados para el análisis de las estructuras históricas antiguas, lo que supone, en particular, un rechazo cuasi principista de la mayor parte de los métodos de la econometría. Contrariamente a lo que podría creerse, tales procedimientos, realmente congruentes con los objetivos de la investigación histórica, están por inventarse en su mayoría. Puesto que si es cierto, como piensan los estadísticos de formación matemática, que la estadística es una y que los principios no varían según los sectores de utilización, es necesario insistir sobre el aspecto aplicado de esta disciplina. El farmacéutico no utiliza la estadística como el agrónomo, ni como el ingeniero, ni como el economista. Ahora, si bien los problemas más corrientes del historiador pueden tener analogías con los de los sociólogos, los geógrafos o los lingüistas, éstos no son menos específicos: los objetos se presentan de manera diferente, y las preguntas que se formulan no son las mismas: el historiador rara vez procede por sondeo de opinión o muestreo y el problema de la previsión le es totalmente extraño; pero con frecuencia los datos están dispersos en el tiempo, a menudo con lagunas; rara vez se trata de responder una pregunta puntual, sino por el contrario, de detectar relaciones susceptibles de contribuir a la reconstrucción de una estructura; con frecuencia los datos son heterogéneos, pero sin que el historiador sepa a priori en qué. En fin, todo el proceso y la estrategia de investigación estadística, para ser eficaces, deben ser específicos. En el caso especial de la historia medieval, estamos bien lejos de tal situación.

El profano puede preguntarse: ¿qué fuentes puede el medievalista someter a análisis estadístico? En primer lugar, pensamos en los documentos que en sí mismos contienen indicaciones numéricas. En Francia, las fuentes fiscales o contables son muy abundantes desde mediados del siglo XIV. Las fuentes dominicales existen en cantidad no desdeñable desde el siglo IX, y no puede decirse que hayan sido metódicamente sometidas a análisis estadísticos profundos. Otros documentos, no recapitulativos pero bastante numerosos, también pueden ser tratados con facilidad de esta manera: las cartas, las actas

notariales (103). Los pretextos presentados para evitar tales tratamientos son puras confesiones de incapacidad.

De esto se desprende que el medievalista dispone de dos medios de aproximación a potencial informativo muy elevado: los conjuntos de los objetos y los textos tomados en sí mismos. Cada año ve aparecer nuevos inventarios o catálogos: atlas de castillos o de burgos castrales; inventarios de vitraux medievales, catálogo de espadas medievales; catálogo de emplazamientos rurales galorromanos excavados de los siglos III al V; catálogo de análisis arqueozoológicos en emplazamientos medievales (104). Dos fuentes parecen ser especialmente prometedoras: los manuscritos y los tesoros monetarios.

Un análisis estadístico de algunos millares de manuscritos ya ha mostrado el camino (105). A partir de fines del siglo XIII, el papel, identificado por sus filigranas (en lo esencial catalogadas y datadas) sin duda constituye la mercancía mejor y más masivamente conservada (106): se lograrán delimitar con certeza las zonas de producción, los modos de transporte y de comercialización, los precios y las cantidades; y esto, de manera homogénea para toda Europa a partir del siglo XIV.

Es más que probable que los tesoros proporcionen una buena imagen de la circulación de las especies en el lugar y en el momento de su depósito en tierra (107). Ahora bien, los tesoros medievales conocidos se calculan por millares (108). Pero, a pesar de iniciativas interesantes (109), padecemos la cruel carencia de métodos estadísticos verdaderamente apropiados, de modo que los resultados prácticos permanecen muy reducidos. Aquí existe una dirección (110) que, por múltiples razones, se podría declarar prioritaria.

En el caso de los textos (111), la situación técnica es tal vez aun peor. En efecto, vemos desarrollarse muy rápidamente diversos procedimientos que permiten disponer sobre soporte informático textos editados; y ya se extraen de ellos concordancias muy útiles, susceptibles de acelerar las investigaciones lexicales. Pero el estudio estadístico de las distribuciones de las palabras, y más aún de la relación entre palabras, lamentablemente sigue siendo subdesarrollado. Por esto, los estudios semánticos sólo avanzan muy lentamente. Pero no hay en esto ninguna fatalidad: cuando los cartularios, las crónicas, las obras de teología puedan ser tratadas eficazmente de esta manera, sobrevendrán las sorpresas; pues será posible escapar a las series de comentarios puntuales encadenados en función de un a priori más o menos incierto, para hacer resurgir los elementos de la estructura.

La estadística, disciplina de las comparaciones razonadas, y si es necesario mesuradas, poco aporta al diletante; practicada con un tecnicismo adecuado, constituye una herramienta poderosa, particularmente adaptada al análisis de los equilibrios y desequilibrios, a las correspondencias y a las anomalías, a las equivalencias y jerarquías. La economía medieval tiene mucho por ganar con esto.

La desventaja actual más grave de la historia económica es que no se la cuenta. Puesto que vivimos en un momento en que la práctica profesional está a la deriva: se puede, en las instancias adecuadas, reprochar a un colega su "falta de contactos", su "débil visibilidad", pero a nadie se le ocurriría reprocharle "la indigencia de las herramientas nocionales empleadas" (esto sería agresivo e indecente). El gusto por lo exótico y el fideísmo forman una pareja muy bien avenida: contar historias, sí; contribuir al progreso de la ciencia histórica, ¡pretensión absurda!

Fuera incluso de esta coyuntura, la historia económica de los períodos antiguos está en una posición indefendible por naturaleza, puesto que aparece casi necesariamente como aliada con una u otra forma de crítica de la economía política, es decir, de los dogmas esenciales a la legitimidad del orden burgués. El rechazo de la creencia de la universalidad de las formas mercantiles de la organización social, que es una condición de partida de la reflexión sobre la economía medieval, va directamente en contra del papel social esencial del historiador.

Sin embargo, el estudio de la Edad Media sigue siendo la vía regia para una aproximación racional a la civilización de la Europa medieval. Pues la manera en la cual una sociedad se organiza para ajustar las limitaciones de su entorno y de sus necesidades materiales a las necesidades de su reproducción y de su lógica interna, esta forma siempre específica, tiene por lo menos dos ventajas mayores: dejar una documentación variada, abundante y resistente; estar constituida por procesos que ,

por sus implicaciones materiales, se prestan mucho menos fácilmente que otros a los vuelos de la ficción (al menos permiten un rechazo de lo improbable más simple y más eficaz).

Ahora bien, nos encontramos con que nuestros conocimientos de esta documentación material mejoran rápidamente. Las herramientas prácticas de tratamiento sistemático tanto de los objetos como de los textos, son de uso cada vez más corriente (microinformática). Faltan sobre todo las herramientas conceptuales apropiadas. Que algunos medievalistas se hagan cargo de esta dificultad, y se manifestarán progresos, que podrían modificar sensiblemente el conjunto de nuestras representaciones de la Europa medieval.

Referencias

* Traducido de Cahiers d'Or, 7, 1997, por Marcia Ras

** Algunos colegas generosamente nos han hecho partícipes de sus comentarios, lo que les agradecemos calurosamente: Philippe Braunstein, Pierre Jeannin, François Sigaut, Pierre Toubert.

1) Philippe CONTAMINE, Marc BOMPAIRE, Stéphane LEBECQ, Jean-Luc SARRAZIN, *L'économie médiévale*, París, 1993.

2) Habría que analizar las cifras con más detenimiento. Se nota en particular, para la última década, un nivel estable de la producción sobre el fin de la Edad Media, compensado por el auge de trabajos sobre la Alta Edad Media. Para la producción de los medievalistas franceses (únicamente) durante el período 1965-1990, Michel BALARD (ed), *Bibliographie de l'histoire médiévale en France (1965-1990)*, París, 1992. Esta bibliografía está dividida en veintiún capítulos, casi todos contienen trabajos de historia económica, aunque la economía no aparezca en ningún lado como título de capítulo. Para la situación en Alemania, notas breves y sintéticas de Hans-Wermer GOETZ, *Proseminar Geschichte: Mittelalter*, Stuttgart, 1993, pp. 53-54 y 308-312. La lista de temas medievales tratados en las Historikertage entre 1978 y 1992 no contiene ninguna cuestión de historia económica (pp. 28-30).

3) Para todos los autores alemanes, hemos utilizado sobre todo las notas de la *Allgemeine deutsche Biographie* (1875-1912), y de la *Neue deutsche Biographie* (1953-).

4) Eric BRIAN, "Statistique administrative et internationalisme statistique pendant la seconde moitié du XIX^e siècle", *Histoire et Mesure*, 3/4-1989, pp. 201-224. Alain DESROSIÈRES, *La politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*, París, 1993.

5) Luise SCHORN-SCHÜTTE, Karl Lamprecht. *Kulturgeschichtsschreibung zwischen Wissenschaft und Politik*, Göttingen, 1984. Roger CHICKERING, Karl Lamprecht: *a German Academic Life (1856-1915)*, Nueva Jersey, 1993.

6) Georges G. IGGERS, *Deutsche Geschichtswissenschaft. Eine Kritik der traditionellen Geschichtsauffassung von Herder bis zur Gegenwart*, Munich, 1971, pp. 256-260. Wolfgang WEBER, *Priester der Klio. Historischsozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1800-1970*, Frankfurt, 1984. Alexander DEISENROTH, *Deutsches Mittelalter und deutsche Geschichtswissenschaft im 19. Jahrhundert*, Rheinfelden, 1983.

7) *Die Bevölkerung von Frankfurt am Main im XIV. Und XV. Jahrhundert. Sozialstatistische Studien*, Tübingen, 1886 (736 p.).

8) *Die Entstehung der Volkswirtschaft. Sechs Vorträge*, Tübingen, 1893. El libro fue enseguida traducido al inglés, luego al francés, con un prefacio de Pirenne.

9) Georg von BELOW, *Probleme der Wirtschaftsgeschichte. Eine Einführung in das Studium der Wirtschaftsgeschichte*, Tübingen, 1920, p. XI.

10) *Ibidem*, p. 72.

11) *Ibidem*, p. 73.

12) Esta "especialización" agraria ya era un signo de regresión, y el binomio agrario/urbano marcaba la capitulación ante la voluntad ideológica de hacer estallar toda investigación de una lógica social de conjunto. En este sentido, se debe subrayar la profunda ambigüedad de la Agrargeschichte alemana del siglo XIX, que fue una de las altas esferas de la teoría absurda de la supuesta Markgenossenschaft, y de todos los fantasmas ultranacionalistas, que pretendían encontrar en la forma de aldeas una prueba de la

ocupación germánica, primitiva e intangible, del suelo alemán. En este sentido, si bien que hay que reconocer a August MEITZEN (*Seidlung und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slawen*, Berlín, 1895) el mérito de haber hecho aparecer los catastros como un documento histórico de primer plano, no se puede dejar de insistir en la extrema debilidad de los análisis históricos de este autor (que ha sido reconocida), pero más aún sobre la incongruencia de la creencia en una posibilidad de captar una lógica puramente rural en el seno de la sociedad medieval (incongruencia de la que pocos colegas parecen tener conciencia). Sobre la evolución y los conceptos de la Seidlungsgeschichte, ver el análisis exhaustiva y detalladamente documentado de Pierre Toubert, "Histoire de l'occupation du sol et archéologie des territoires médiévaux: la référence allemande", *Castrum*, 5-1995, Madrid y Roma. (Agradezco encarecidamente a Pierre Toubert el haberme confiado este texto antes de su publicación). En último lugar, Hans-Jürgen NITZ, "La géographie historico-génétique de l'occupation des sols en Allemagne. Etat actuel et évolution scientifique et historique des recherches", *Bulletin d'information de la mission historique française en Allemagne*, 30/31-1995, pp. 45-70.

13) Agradezco a Nikolai Kopussov haber efectuado una investigación bio-bibliográfica sobre este historiador, muy mal conocido en Francia (ver, entre otros, los artículos dedicados a él en la *Grande encyclopédie soviétique*, en la edición de 1953 y en la de 1973, en la *Encyclopédie soviétique historique* (1965), en la obra de O. L. VAJNSTEJN, *Histoire des études soviétiques sur le Moyen Age*, Leningrado, 1968)

14) Es necesario citar particularmente a Fernand Braudel, en la introducción al tercer volumen de su trilogía: "J'ai utilisé depuis leur parution, en 1928-1929, les deux volumes de l'*Allgemeine Wirtschaftsgeschichte* de Josef Kulischer, aujourd'hui encore le meilleur des guides et le plus sûr des répertoires" (F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. 3. Le temps du monde*, París, 1979, p. 8). El éxito no desmentido de Kulischer en la U.R.S.S. sería en sí mismo suficiente para destacar la extrema indigencia teórica de los historiadores soviéticos, marxistas autoproclamados. H.-W. GOETZ lo cita todavía, en 1993, entre los "noch nützliche, ältere Werke" en una bibliografía básica para estudiantes de historia medieval (*Proseminar Geschichte: Mittelalter*, Stuttgart, 1993, p. 54).

15) Para todos los historiadores británicos se han utilizado las referencias del *Dictionary of National Biography* (1885-).

16) Emile LEVASSEUR, *Cours d'économie rurale, industrielle et commerciale (enseignement secondaire spécial)*, París, 1868, p. 339.

*"Todo sistema diferente del de la libertad individual, protegida por el Estado y sostenida por asociaciones voluntarias, comprime el desarrollo de la riqueza."

17) Paul BOISSONNADE, "Les études relatives à l'histoire économique de la France au Moyen Age. Leur état actuel", *Revue de synthèse historique*, 4/5-1902.

18) Georges ESPINAS, "Une bibliographie de l'histoire économique de la France au Moyen Age", *Le Moyen Age*, 10-1906. (Cita las tres glorias nacionales, Agustin Thierry, Benjamin Guérard, Félix Bourquelot, de los cuales ninguno sin embargo escribió sobre historia económica propiamente dicha).

*"No se ha buscado hacer de ella una parte especial de la historia, como se ha hecho en el extranjero".

19) Extraigo lo esencial de mi información de la edición, provista de complementos superabundantes, de las notas tomadas por K. Marx sobre el libro de M.M. Kowalewski, *Obscinnoe zemlevladienie*, Moscú, 1879, publicadas por H.-P. HARSTICK (Hans Peter HARSTICK (ed.), *Karl Marx, über Formen vorkapitalistischer Produktion. Vergleichende Studien zur Geschichte des Grundeigentums 1879-1880*, Frankfurt, 1997, en particular pp. 5-8).

20) Análisis muy interesante: Alain ARNAUD, Michel BARILLON, Mohammed BENREDOUANE, "Esquisse d'un tableau historique de la neutralisation de l'histoire dans l'économie politique libérale. Les enjeux épistémologiques de vieilles controverses", *Revue économique*, 42-1991, pp. 411-436 (número consagrado a la "Economie et histoire, nouvelles approches", bajo la dirección de Pierre Dockès y Bernard Rosier, que merece una lectura integral).

21) Sobre las lecturas históricas de Marx, es necesario hacer referencia al gran estudio de H.-P. HARSTICK, "Karl Marx als Historiker" en Hans-Peter HARSTICK, Arno HERZIG, Hans PELGER (eds), *Arbeiterbewegung und Geschichte. Festschrift für Schlomo Na'aman*, Trier, 1983, pp. 166-232.

Las referencias sobre Roscher, p. 225. Si se aceptan las conclusiones de nuestra investigación (nacimiento de la historia económica entre 1878 y fines del siglo XIX), se deduce necesariamente que Marx leyó y reflexionó entonces que la historia económica aún no existía ...

22) Ludolf KUCHENBUCH, "Zur Entwicklung des Feudalismuskonzepts im Werk von Karl Marx" (1982), en prensa en la *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*.

23) Lo que no quiere decir de ningún modo que se encuentra todo en Marx, o incluso que sea autorizado considerar sus escritos como teniendo valor en sí. Marx pasó su vida criticando las "doctrinas"; ¿hasta qué punto es necesario restringir el autor del que se habla, para transformar los textos de Marx en fundamentos de una doctrina? A. GUERRAU, "(Re)leer a Marx, *Taller de Historia*, 5-1995, pp. 25-30.

24) Esta definición empírica no ha por así decirlo evolucionado mucho desde 1928. Dejamos a otros el trabajo de recordar y analizar este período 1928-1995 (y más allá ...). Es cierto, mucho entusiasmo y esfuerzo; pero también cuántas ocasiones fallidas, y qué admirable constancia en el enceguecimiento y el rechazo por examinar los presupuestos menos aceptables y más nocivos, incluso los de von Below, de los neokantianos y de todos los devotos (a menudo inconscientes) de la supuesta Geisteswissenschaften... Señalemos sin embargo un hecho muy poco conocido: durante una decena de años, de 1924 a 1933, Marc BLOCH trabajó sobre una *Histoire économique du Moyen Age*, que debía constituir dos volúmenes de la colección "*L'Evolution de l'Humanité (Vè-XIIè et XIIIè-XVè siècles)*". Marc BLOCH se alejó de este proyecto para consagrarse a *La société féodale*. Ver para este tema la muy interesante correspondencia con Henri BERR (Marc BLOCH, *Ecrire La société féodale. Lettres à Henri Berr, 1924-1943*, París, 1992), así como su reseña -elogiosa- del libro de J. KULISCHER (*Annales d'histoire économique et sociale*, 1-1929, pp. 252-258 y 2-1930, pp. 132-135; *Revue historique*, 160-1929, pp. 381-382).

25) Relatado por el mismo L. FEBVRE en el avertissement de la reedición de 1952 de *los Caractères originaux de l'histoire rurale française* de Marc BLOCH, p. IV.

*"Sus campesinos sólo trabajan los cartularios, con las cartas a modo de arado"

26) François SIGAUT, *L'agriculture et le feu. Rôle et place du feu dans les techniques de préparation du champ de l'ancienne agriculture européenne*, París/La Haya, 1975.

27) Toponymie et défrichements médiévaux et modernes en Europe occidentale et centrale, Auch, 1988. La mayor parte de los participantes de este coloquio de Flaran de 1986 asimilaban pura y simplemente desmonte (o artiga) y roturación. Si bien es cierto que hubo desmontes que constituyeron roturaciones definitivas, es más que probable que muchas toponimias refieran a zonas de quema y de cultivo temporario; examinar particularmente, en este volumen, las contribuciones de Simone LEFÈVRE (pp. 117-130), de Dominique FOURNIER (pp. 131-143) de Jean CANCELLIERI (pp. 151-162). Ver también Pierre TOUBERT, *Les structures du Latium médiéval*, Roma, 1973, pp. 242 ss. La arqueología puede aquí prestar su ayuda: es necesario señalar la pista extremadamente prometedora que constituye la antracología (identificación de los carbones de bosque); en la zona mediterránea, la evolución de la cobertura forestal, como así y sobre todo de las especies que indican roturaciones o retorno a tierras sin cultivar (brezo, arborescencia, pino de Alepo, enebro) aportan visiones de primordial importancia (Aline DURAND y Jean-Louis VERNET, "Anthracologie et paysages forestiers médiévaux: à propos de quatre sites languedociens", *Annales du Midi*, 99-1987, pp. 397-405. Lucie CHABAL y Aline DURAND, "Etude anthracologique, pour une histoire du paysage", en Claude RAYNAUD, *Le village gallo-romain et médiéval de Lunel Viel (Hérault)*, Besançon, 1990, pp. 315-335). Un dossier copioso, y que presenta un amplio abanico de resultados, acaba de publicarse: Michel COLARDELLE (ed), *L'homme et la nature au Moyen Age. Paléoenvironnement des sociétés occidentales (5è congrès international d'archéologie médiévale)*, París, 1996.

28) Georges COMET, *Le paysan et son outil. Essai d'histoire technique des céréales (France, VIIIè-XVè siècles)*, Roma, 1992.

29) Elisabeth ZADORA-RIO, "Les terroirs médiévaux dans le Nord et le Nord-Ouest de l'Europe" en Jean GUILAINE (ed), *Pour une archéologie agraire*, París, 1991, pp. 165-192. Michel FIXOT y Elisabeth ZADORA-RIO (eds), *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales*, París, 1994. Se deben absolutamente destacar la gran cantidad de información

y de análisis contenidos en Oliver RACKHAM, *The History of the Countryside*, Londres, 1986. Una síntesis de alcance general: David A. HINTON, *Archaeology, Economy and Society. England from the fifth to the fifteenth century*, Londres, 1990.

30) Jean-Pierre DEVROEY y Jean-Jacques VAN MOL (eds), *L'épeautre (Triticum spelta). Histoire et ethnologie*, Treignes, 1989 (agradezco a Corinne Beutler el haberme hecho llegar este volumen).

Descubrimientos muy recientes parecen modificar la situación: centeno y espelta han sido identificados en el emplazamiento de Gaillon-le-Bas en Herblay (sobre la ribera del Sena río abajo de París), emplazamiento del segundo cuarto del siglo V (comunicación de Alain VALAIS en el coloquio "L'époque romaine tardive en Ile-de-France", París, marzo de 1996).

31) Bruce M.S. CAMPBELL y Mark OVERTON (eds), *Land, labour and livestock: historical studies in European agricultural productivity*, Manchester, 1991.

32) Uldegard KÖRBER-GROHNE, *Nutzpflanzen in Deutschland, Kulturgeschichte und Biologie*, Stuttgart, 1987.

33) Hansjörg KÜSTER, "Umwelt und Pflanzenanbau", en Hermann DANNHEIMER y Heinz DOPSCH (eds), *Die Bajuwaren. Von Severin bis Tassilo 488-788*, Munich-Salzburg, 1988, pp. 185-191.

34) Marie-Pierre RUAS, "Les plantes exploitées en France au Moyen Age d'après les semences archéologiques" en *Plantes et cultures nouvelles en Europe occidentale au Moyen Age et à l'époque moderne, Flaran*, 1991, pp. 11-35. "The archaeobotanical record of cultivated and collected plants of economic importance from medieval sites in France", *Review of paleobotany and palynology*, 73-1992, pp. 301-314. (Agradezco a Françoise Piponnier el haberme hecho llegar estos textos).

35) Marie-Pierre RUAS y François GENTILI, "L'agriculture", en Rémy GADAGNIN (ed), *Un village au temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VII^e à l'an mil*, París, 1988, pp. 205-225.

36) Karen LUNDSTROM-BAUDAIS y Christine MIGNOT, "Le milieu végétal au XI^e siècle: macrorestes y paléosemences", en Michel COLARDELLE y Eric VERDEL (eds), *Les habitants du lac de Paladru (Isère) dans leur environnement. La formation d'un terroir au XI^e siècle*, París, 1993, pp. 77-97 (curiosamente estos autores parecen no conocer el morcajo ...)

37) Charles PARAIN, "Evolution des techniques agricoles au Moyen Age", *The Cambridge Economic History of Europe. I. The Agrarian Life of the Middle Ages*, Cambridge, 1941, retomado en *Outils, ethnies et développement historique*, París, 1979, pp. 47-127.

38) Se debe destacar la muy grande dificultad que se experimenta cuando se intenta hacerse una idea precisa de las propiedades botánicas y agronómicas de los cereales cultivados en la época antigua. Hasta comienzos del siglo XIX, las observaciones permanecen en el nivel del saber empírico (Henri-Louis DUHAMEL DU MONCEAU, *Éléments d'agriculture*, París, 2 vol., 1979, especialmente vol. 2, libro 8, "De la culture des différentes espèces de grains", pp. 90-130) En la segunda mitad del siglo XIX, los agrónomos cuantificaban sus observaciones y esto nos proporciona, en particular para las especies que apenas se cultivan en el presente, o de las cuales se cultivan variedades con características totalmente modificadas, informaciones irremplazables (excelentes: Gustave HEUZÉ, *Les plantes céréales*, 2da ed. 2 vol, París, 1896-1897. Charles-Victor GAROLA y Prosper LAVALLÉE, *Céréales*, París, 1925). Pero, desde esa época, los agrónomos estaban preocupados esencialmente por el aumento de los rendimientos y la mejora de los modos de cultivo; los experimentos se realizaban sobre tierras buenas, y con la utilización de abonos y fertilizantes, no sin preocupación por la selección de semillas. Es de destacar que estas obras no proporcionan ninguna información sobre la cuestión crucial de las variaciones interanuales de producción, problema clave de la agricultura antigua; pero todos saben que en Europa occidental esta cuestión, después de 1850, sólo tenía un carácter retrospectivo. Un libro reciente, como el de Jacques BOYELDIEU, *Les cultures céréalières*, París, 1980, ofrece informaciones botánicas y químicas muy interesantes, pero que el historiador debe adaptar e reinterpretar no sin un gran margen de incertidumbre.

39) La noción de "calidad" de la harina hace entrar en juego varios elementos. El más frecuente, se refiere a la calidad del pan que se puede fabricar con esta harina, y desde este punto de vista, la característica principal es la cantidad de gluten que produce con el agua. El gluten es una materia

proteica viscosa que da consistencia a la pasta y que retiene sobre todo el gas en el momento de la fermentación, lo que permite al pan levar; cuanto menos gluten produce la harina, el pan es más desmenuzable y compacto. Si la mayor parte de los cereales contienen una cantidad importante de proteínas, la proporción (una treintena) que forman el gluten varía sensiblemente, la proporción más elevada es la que se encuentra en ciertas variedades de trigo, después vienen los trigos cubiertos, el centeno, la cebada y la avena.

40) Chris WICKHAM, "The Other Transition: from the Ancient World to Feudalism", *Past and Present*, 103-1984 pp. 3-36. "Marx, Sherlock Holmes, and Late Roman Commerce", *Journal of Roman Studies*, 78-1988, pp. 183-193. Textos ahora reunidos en Chis WICKHAM, *Land and Power. Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, Londres, 1994.

41) François SIGAUT, "De l'écoubage au pain d'épice. Quelques questions sur l'histoire du seigle", en Jean-Pierre DEVROEY, Jean-Jacques VAN MOL & Claire BILLEN (eds), *Le seigle. Histoire et technologie*, Treigne, 1995, pp. 211-250 (Agradezco a François Sigaut el haberme hecho llegar este texto antes de su publicación).

*"No hay nada de inverosímil en suponer que los progresos del centeno a comienzos de la Edad Media hayan podido estar ligados a un aumento del consumo de pan en capas de la población que, hasta entonces, se alimentaban de cebada y de avena consumidas bajo otras formas, de preparación más simple y menos costosa"

b"es bastante claro que, salvo en las regiones mediterráneas donde predomina el trigo, el centeno domina casi exclusivamente sobre el roza o la quema en el resto de Europa".

42) Auguste BERNARD y Alexandre BRUEL (eds), *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, t. 5, París, 1894, pp. 490-505. A. GUERRAU, "Douze doyennés clunisiens au milieu du XII^e siècle", *Annales de Bourgogne*, 52-1980, pp. 83-128.

43) Los errores provienen sobre todo de Richard LEFEBVRE DES NOETTES, *L'attelage, le cheval de selle à travers les âges: contribution à l'histoire de l'esclavage*, París, 1931. Rectificación de Jean SPRUYTTE, *Etudes expérimentales sur l'attelage*, París, 1977. Presentación detallada del dossier por Marie-Claire AMOURETTI, "L'attelage dans l'Antiquité. Le prestige d'un erreur scientifique", *Annales E.S.C.*, 46-1991, pp. 219-232. La discusión no está cerrada sin embargo.

44) Claude OLIVE, "Archéologie et archéozoologie" en Annick RICHARD (ed), "Du lard ou du cochon". *Approches archéologiques et ethnologiques de l'histoire de l'alimentation*, Besançon, 1989, pp. 17-27.

45) Jean-Hervé YVINEC, "L'élevage et la chasse" en Rémy GADAGNIN (ed), *Un village au temps de Charlemagne*, París, 1988, pp. 226-241.

46) Angela VON DEN DRIESCH y Joachim BOESSNECK, "Haustierhaltung, Jagd und Fischfang" en Hermann DANNHEIMER y Heinz DOPSCH (eds), *Die Bajuwaren. Von Severin bis Tassilo 488-788*, Munich-Salzburgo, 1988, pp. 198-207.

47) Frédérique AUDOIN-ROUZEAU, *Hommes et animaux en Europe de l'époque antique aux temps modernes. Corpus de données archéozoologiques et historiques*, París, 1993. Eadem, *La taille du bœuf domestique en Europe de l'antiquité aux temps modernes*, Juan-Les-Pins, 1991. Eadem. *La taille du mouton en Europe de l'antiquité aux temps modernes*, Juan-Les-Pins, 1991. Eadem *La taille du cheval en Europe de l'antiquité aux temps modernes*, Juan-Les-Pins, 1994. Eadem, "Compter et mesurer les os animaux: pour une histoire de l'élevage et de l'alimentation en Europe de l'Antiquité aux temps modernes", *Histoire et Mesure*, 3/4-1995, pp. 277-312.

48) Anita GUERRAU-JALABERT, "Aliments symboliques et symbolique de la table dans les romans arthuriens (XII^e-XIII^e siècles)", *Annales E.S.C.*, 47-1992, pp. 561-594.

49) François SIGAUT, "Les débuts du cheval de labour en Europe", *Ethnozootechnie*, 30-1982, pp. 33-46.

50) LANGDON, John, *Horses, Oxen and Technological Innovation. The Use of Draught Animals in English Farming from 1066 to 1500*, Cambridge, 1986.

51) Kathleen BIDDICK, *The Other Economy. Pastoral Husbandry on a Medieval Estate*, Berkeley, 1989.

- 52) Fernand BRAUDEL y Franck SPOONER, "Les prix en Europe de 1450 à 1750", *The Cambridge Economic History of Europe*, t. IV, 1967, reeditado en *Ecrits sur l'histoire II*, París, 1990, pp. 31-165. Wilhelm ABEL, *Strukturen und Krisen der spätmittelalterlichen Wirtschaft*, Stuttgart, 1980. Charles-M. DE LA RONCIÈRE, *Prix et salaires à Florence au XIV^e siècle (1280-1380)*, Roma, 1982.
- 53) Jean BOUVIER, *Initiation au vocabulaire et aux mécanismes économiques contemporains (XIX^e-XX^e siècles)*, París, 1969, pp. 206-226.
- 54) Paul A. SAMUELSON, *L'économique. Techniques modernes de l'analyse économique*, t. 1, París, 1964, pp. 237-246. Lionel STOLERU, *L'équilibre et la croissance économique. Principes de macroéconomie*, París, 1969, pp. 12 et 268-308.
- 55) Dominique LABARRE, "Rapide revue de l'enseignement actuel de la science économique en matière de prix", en Jean FOURASTIÉ (ed), *L'évolution des prix à long terme*, París, 1969, pp. 7-27.
*"razonar lo menos posible"
- 56) *Ibidem*, pp. 31-32.
*"es la evolución la única que puede revelar el verdadero sentido de un fenómeno".
- 57) El único autor, de mi conocimiento, que se preocupa por la cuestión es Pierre VILAR (ver Une histoire en construction. *Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*, París, 1982, pp. 154-190.
- 58) Jacques LE GOFF, "Les métiers et l'organisation du travail dans la France médiévale" en Michel FRANÇOIS (ed), *La France et les Français*, París, 1972, pp. 296-347.
- 59) Ludolf KUCHENBUCH, Thomás SOKOLL, Sabine TEUBNER-SCHOEBEL, Christina VANJA, *Arbeit im vorindustriellen Europa. Einführung, Früheres Mittelalter, Späteres Mittelalter*, curso de la Universidad de Hagen, 1989. Ludolf KUCHENBUCH y Thomás SOKOLL, "Vom Brauch-Werk zum Tauschwert: Überlegungen zur Arbeit im vorindustriellen Europa", *Leviathan. Zeitschrift für Sozialwissenschaft*, 11-1990, pp. 26-50. Ver también Jacqueline HAMESSE y Colette MURAILLE-SAMARAN (eds), *Le travail au Moyen Age: une approche interdisciplinaire*, Louvain-la-Neuve, 1990.
- 60) Maurice AYMARD, "Auto-consommation et marchés; Chayanov, Labrousse ou Le Roy Ladourie?", *Annales, E.S.C.*, 38-1983, p. 1398. Del mismo autor, análisis muy interesante y sorprendente de la noción de empresa en la Edad Media: "L'entrepreneur dans la société de son temps", *Settimane del istituto Francesco Datini*, Prato, 1991.
- 61) Síntesis por país y bibliografías en el artículo "Eigentum" del *Lexikon des Mittelalters*.
- 62) Régine ROBIN, "Fief et seigneurie dans le droit et l'idéologie juridique à la fin du XVIII^e siècle", *Annales historiques de la Révolution française*, 43-1971, pp. 554-602. Reeditado y comentado en Ludolf KUCHENBUCH y Bernd MICHAEL (eds), *Feudalismus - Materialien zur Theorie und Geschichte*, Frankfurt, 1977.
- 63) Hannes KRIESER, *Die Abschaffung des "Feudalismus" in der französischen Revolution. Revolutionärer Begriff und begriffene Realität in der Geschichtsschreibung Frankreichs (1815-1914)*, Frankfurt, 1984.
- 64) André-Jean ARNAUD, *Essai d'analyse structurale du Code Civil français. La règle du jeu dans la paix bourgeoise*, París, 1973, *Les juristes face à la société du XIX^e siècle à nos jours*, París, 1975.
- 65) Es un punto que ha escapado a casi todos los historiadores del siglo XIX, obsesionados por la justificación de la propiedad burguesa, "derecho inviolable y sagrado". El mismo Karl Marx habla de propiedades y propietarios medievales, con todos los inconvenientes para el análisis que inexorablemente resultan de esto.
- 66) La bibliografía reciente sobre los textiles en la Edad Media es muy pobre. Monique DEPRAETERE-DARGERER, *Tissu et vêtement. 5000 ans de savoir-faire, Guiry-en-Vexin*, 1988. Kay STANILAND, *Medieval Craftsmen: Embroiders*, Londres, 1991. Dominique CARDON, *Trésors textiles du Moyen Age en Languedoc-Roussillon*, Carcassonne, 1993.
- 67) Robert S. LOPEZ, *Naissance de l'Europe*, París, 1962, p. 272. "Economie et architecture médiévales: cela aurait-il tué ceci?", *Annales E.S.C.*, 7-1952, pp. 433-438. Henry KRAUS, *A prix d'or. Le financement des cathédrales*, París, 1991 (original inglés, 1979)
* "La pasión por construir siempre más alto, siempre más grande, se propagó de una región a la otra en el siglo XIII. Centenas de centros urbanos ... se pusieron a ver quién edificaba el monumento más

gigantesco ... fuera de toda proporción con respecto a sus recursos y necesidades. Desde entonces la burguesía había corrido con los gastos, no en dinero, sino en tiempo perdido ..."

68) Martin WARNKE, *Bau und Überbau. Soziologie der mittelalterlichen Architektur nach den Schriftquellen*, Frankfurt, 1976, (reeditado, 1984).

69) Se puede observar también la concomitancia (hacia 1170-1200), en el norte de Francia, entre el auge de la arquitectura gótica y el despegue de la circulación monetaria.

70) Sobre la materialidad de este movimiento, ver Roland RECHT (ed.), *Les bâtisseurs des cathédrales gothiques*, Estrasburgo, 1989, y la síntesis de Günther BINDING, *Baubetrieb im Mittelalter*, Darmstadt, 1993. Sobre la percepción estética, Günther BINDING y Andreas SPEER, *Mittelalterliches Kunsterleben nach Quellen des 11. bis 13. Jahrhunderts*, Darmstadt, 1993. Günther BINDING, *Zur Methode der Architekturbetrachtung mittelalterlichen Kirchen*, Colonia, 1993.

71) Georges ESPINAS, "Une bibliographie de l'histoire économique de la France au Moyen Age", *Le Moyen Age*, 10-1906, p. 17. Sobre Georges ESPINAS (1869-1948), quien fue uno de los más activos colaboradores de los primeros Annales, Lucien FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París, 1953, pp. 408-410; cf. *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 107-1948, pp. 337-339.

*"En una palabra, bajo todo punto de vista, serían necesarios menos datos y más teoría, menos análisis y más síntesis y, justamente por esto, no sería inútil ser a veces menos concreto y más abstracto".

72) Es bastante divertido observar lo que los economistas entienden por "instituciones"; para ellos, "institución" es todo elemento de la sociedad, exterior a la economía, cuya presencia puede tener efectos sobre la economía. Es, en el fondo, todo lo que estorba el "libre" juego de la economía, siempre concebida como naturaleza, por oposición a todo el resto, artificio.

73) La situación es de hecho bastante peor. Puesto que la casi totalidad de los antropólogos utiliza como nociones básicas, sin la menor reflexión crítica, términos como "política" o "religión", inutilizables fuera de la sociedad contemporánea, salvo a costa de contrasentidos catastróficos.

74) S. C. HUMPHREYS, "History, Economics and Anthropology: the work of Karl Polanyi", *History and Theory*, 8-1969, pp. 165-212. Maurice GODELIER, "Presentación" de la traducción francesa de Karl Polanyi y Conrad ARENSBERG (eds), *Les systemes économiques dans l'histoire et la théorie*, París, 1975 (original inglés, 1957), pp. 9-32. Marguerite MENDELL y Daniel SALEE (eds), *The Legacy of Karl Polanyi: market, state and society at the end of the twentieth century*, Londres, 1991. Kari POLANYI-LEVITT (ed), *The life and work of Karl Polanyi*, Montreal/Nueva York, 1990.

75) Ver, por ejemplo, la degeneración agresiva e insoportable de Fernand BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, t. 2, París, 1979, p. 12. Michel AUSTIN y Pierre VIDAL-NAQUET, *Economies et sociétés en Grèce ancienne (Périodes archaïque et classique)*, París, 1972. El dossier "Pour une histoire anthropologique. La notion de réciprocité", *Annales E.S.C.*, 29-1974, pp. 1309-1380, especialmente las contribuciones de Lucette VALENSI, Nathan WACHTEL, Georges DUBY, Marc AUGÉ, Maurice GODELIER.

76) Guy FOURQUIN, *Histoire économique de l'Occident médiéval*, París, 1969. Frédéric MAURO, *Le XVI^e siècle européen. Aspects économiques*, París, 1970.

77) Nuestras reflexiones deben mucho a la enseñanza de Maurice GODELIER (ver especialmente *Horizons, trajectos marxistes en anthropologie*, París, 1973, *Un domaine contesté: l'anthropologie économique*, París, 1974. *L'idéal et le matériel. Pensées, économies, sociétés*, París, 1984.)

78) Ludolf KUCHENBUCH, *Bäuerliche Gesellschaft und Klosterschaft im 9. Jahrhundert. Studien zur Sozialstruktur der Familia der Abtei Prüm*, Wiesbaden, 1978. Reyna PASTOR, Isabel ALFONSO ANTON, Ana RODRIGUEZ LOPEZ, Pablo SANCHEZ LEON, *Poder monástico y grupos domésticos en la Galicia Foral (siglos XIII-XV). La casa. La comunidad*, Madrid, 1990.

79) François GUIZOT, *Histoire de la civilisation en Europe*, París, 1828, séptima lección.

*" La historia de Europa es la historia de la lucha de clases".

80) Es la tesis fundamental del *Essai sur les moeurs* (ver Ludovico GATTO, *Medioevo voltairiano*, Roma, 1972)

81) L. KUCHENBUCH, "Die Entwicklung", cf. nota 22.

82) Karl Marx, *Gundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Rohentwurf)*, Berlin, 1953 (según la edición de D. RIAZANOV, Moscú, 1939-41) p. 405. Traducción francesa, *Manuscripts de 1857-1858* bajo la dirección de Jean-Pierre LEFEBVRE, París, 1980, t. 1, p. 444.

* "La sola existencia de la fortuna en dinero, e incluso la conquista de cierta supremacía gracias a ella de ningún modo bastan para que se produzca la disolución que conduce al capital. Si no la antigua Roma, Bizancio, etc., habrían terminado su historia con el trabajo libre y el capital, o mas bien habrían empezado una historia nueva. Pues allí también la disolución de las antiguas relaciones de propiedad estuvo ligada al desarrollo de la fortuna en dinero, del comercio, etc. Pero en lugar de conducir a la industria, esa disolución llevó en realidad a la dominación del campo sobre la ciudad."

83) El texto más conocido, y más maltratado, es el libro III de *El capital*, 6ta sección, capítulo 47: "La renta en trabajo" (edición Diez, pp. 798-802; traducción francesa de C. COHEN-SOLAL y G. BADIA, t. VIII, 170-174).

84) De ahí el interés, y los límites drásticos, de los trabajos, se reclamen o no de Marx, que focalizan toda la atención sobre la relación de antagonismo: Hartmurt ZWAHR, *Herr und Knecht. Figurenpaare in der Geschichte*, Leipzig, 1990.

85) Salvo por todos los partidarios (que fueron numerosos y que lamentablemente no han desaparecido) de las tradiciones historiográficas nacionales, que se imaginan que una isla, una península, una "raza", han producido una historia que anuncian a priori "irreductible", y evidentemente fuera de toda discusión, puesto que se trata de un "enigma" o de un "milagro" ...

86) Jacques LE GOFF, *La civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, pp. 254 y 397-402. Se encuentra una comparación muy esclarecedora de los polípticos lotaringios entre los siglos IX y XII en Ludolf KUCHENBUCH, "Lavoro e società dal tardo X secolo al primo XII. Note basate prevalentemente sulla tradizione urbariale a nord delle Alpi", en Cinzio VOLANTE y Johannes FRIED (eds), *Il secolo XI: una svolta?*, Boloña, 1993, pp. 205-235.

*"esta facultad de sorprenderse que es el principio mismo de la investigación científica"

87) A la inversa de una interdisciplinarietà ilusoria, nos parece necesario abogar por una pluriespecialización, es decir, la capacidad de un mismo historiador de dominar suficientemente varios campos de especialización (dos al menos): la única manera efectiva de trabajar en varios campos con las mismas herramientas nocionales, es decir, evitar la yuxtaposición, que no es otra cosa que un diálogo de sordos. Tal vez no sería del todo inútil recordar que una especialización no debería proponerse nunca, salvo a historiadores que hayan antes demostrado la sólida adquisición de competencias generales.

88) Jost TRIER, *Aufsätze und Vorträge zur Wortfeldtheorie*, Berlín, 1973. Pierre GUIRAUD, *La sémantique*, París, 1955. Régine ROBIN, *Histoire et linguistique*, París, 1973. Lothar SCHMIDT (ed), *Wortfeldforschung: zur Geschichte und Theorie des sprachlichen Feldes*, Darmstadt, 1973. Horst GECKELER, *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich, 1982.

89) Presentación ponderada de Jean-Marie PESEZ, "Histoire de la culture matérielle", en Jacques LE GOFF (ed), *La nouvelle histoire*, París, 1978, pp. 98-130.

90) Presentaciones razonadas en Otto BORST, *Alltagsleben im Mittelalter*, Frankfurt, 1983; Gerhard JÄRITZ, *Zwischen Augenblick und Ewigkeit. Einführung in die Alltagsgeschichte des Mittelalters*, Viena, 1989; Christopher DYER, *Standards of Living in the Later Middle Ages. Social Changes in England c. 1200-1520*, Cambridge, 1989.

91) Capítulos IV, V-V, IV-VI, VIII en *L'économie médiévale*, cf. nota 1.

92) Interesantes observaciones de Philippe BRUNEAU, "Sur un prétendu biaisement: à propos du classement archéologique" *Annales E.S.C.*, 29-1974, pp. 1475-1482.

93) Robert DELORT, *Le commerce des fourrures en Occident à la fin du Moyen Age*, Roma, 1978. Carlos ASTARITA, *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo. Castilla siglos XIII a XVI*, Buenos Aires, 1992.

94) Pierre TOUBERT, *Les structures du Latium médiéval*, Roma, 1973.

95) Isaac JOSHUA *La face cachée du Moyen Age. Les premiers pas du capital*, París, 1988.

96) Robert DESCIMON, "La France moderne, quelle croissance?", *Annales E.S.C.*, 34-1979, pp. 1304-1317.

- * "El desarrollo es una carrera de velocidad entre el crecimiento demográfico y el progreso técnico".
- 97) Joseph MORSEL, "Crise? Quelle crise? Remarques sur la prétendue crise de la noblesse allemande à la fin du Moyen Age", *Sources - Travaux historiques*, 14-1988, pp. 17-42.
- 98) Una de las obras más fecundas es la de Chris WICKHAM (*The mountains and the city*, Oxford, 1988. "Problems of comparing rural societies in early medieval Europe", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6-2, 1992, pp. 221-246. *Comunità e clientele nella Toscana del XII secolo*, Florencia, 1994).
- 99) En el caso de nuestro tema, un enfoque que llama a la reflexión: Christian BAUDELOT, Roger ESTABLET, Jacques TOISER, *Qui travaille pour qui?*, París, 1979.
- 100) A. GUERRAU, *Le féodalisme, un horizon théorique*, París, 1980, pp. 177-210. "Quelques caractères spécifiques de l'espace féodal européen" en Neithard BULST, Robert DESCIMON y Alain GUERRAU (eds), *L'Etat ou le roi, Les fondations de la modernité monarchique en France (XIV^e-XVII^e siècles)*, París, 1996, pp. 85-101.
- 101) Bartolomé CLAVERO, *Antidora. Anthropologia catolica de la economia moderna*, Milán, 1991. Agradezco a Jean-Frédérique SCHAUB el haberme indicado y acercado esta obra muy importante, cuya traducción acaba de garantizar: B. CLAVERO, *La grâce du don*, París, 1996.
- 102) Es un poco lamentable que este análisis sea tan estrecho en su alcance cronológico. Sería necesario hacer ver a San Agustín por un lado, y el fin de la condena de la usura, en los años 1840 (Paul DROULERS, *Action pastorale et problèmes sociaux sous la Monarchie de Juillet*, París, 1954, pp. 258-274).
- 103) Deducidos de la documentación, muchos fenómenos aparecen en forma de poblaciones. Los individuos, por supuesto, de ahí el interés de la prosopografía (Neithard BULST y Jean-Philippe GENET (eds), *Medieval Lives and the Historian. Studies in Medieval Prosopography*, Kalamazoo, 1986). Pero también ciertas entidades institucionales o ciertas producciones intelectuales, como los manuales de los mercaderes, que constituyen un material excepcional para el estudio del desarrollo de la racionalidad burguesa (Jochen HOOCK y Pierre JEANNIN (eds), *Ars mercatoria. Handbücher und Traktate für den Gebrauch des Kaufmanns (1470-1820)*, Paderborn, 1991-).
- 104) Charles-Laurent SALCH, *Dictionnaire des châteaux et des fortifications du Moyen Age en France*, Estrasburgo, 1979. Eric AFFOLTER, André BOUVARD, Jean-Claude VOISIN, *Atlas des villes de Franche-Comté. 1. Les bourgs castraux de la Haute-Saône*, Nancy, 1992. Todos los volúmenes del *Corpus vitrearum*. Ewart OAKESHOTT, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, 1991. Paul VAN OSSEL, *Etablissements ruraux de l'Antiquité tardive dans le nord de la Gaule*, París, 1992. Frédéric AUDOIN-ROUZEAU, *Hommes et animaux en Europe. Corpus de données archéozoologiques et historiques*, París, 1993. Trabajos de síntesis a partir de fuentes materiales empiezan a ser publicados: entre muchos otros, Michel R. McCARTHY y Catherine BROOKS, *Medieval Pottery in Britain AD 900-1600*, Leicester, 1988.
- 105) Carla BOZZOLO y Ezio ORNATO, *Pour une histoire du livre manuscrit au Moyen Age. Trois essais de codicologie quantitative*, París, 1980 (suplemento 1983).
- 106) Pierre SCHMITT, "Essai d'une histoire du papier en Alsace", *Revue d'Alsace*, 99-1960, pp. 39-80. Josepa CORTES, "Filigranes medievals de l'arxiu municipal de Sueca (1399-1500)", *Cuaderns de Sueca*, 5-1984, pp. 9-47.
- 107) T.R. VOLK, "Mint output and coin hoards", en Georges DEPEYROT y Toni HACKENS (eds), *Rythmes de la production monétaire de l'Antiquité à nos jours*, Louvain-la-Neuve, 1987, pp. 141-221.
- 108) Para Francia, el corpus está en prensa: Jean DUPLISSIS, *Les trésors monétaires médiévaux et modernes découverts en France. 1. 751-1223*, París, 1985; II. 1223-1385, París, 1995.
- 109) Hanscheiner EICHHORN, *Der Strukturwandel im Geldumlauf zwischen 1437 und 1610. Ein Beitrag zur Methodologie der Geldgeschichte*, Weisbaden, 1973. Joachim SCHÜTTENHELM, *Der Geldumlauf im südwestdeutschen Raum vom Reidlinger Münzvertrag 1423 bis zur ersten Kipperzeit 1618. Eine statistische Münzfundanalyse unter Anwendung der elektronischen Datenverarbeitung*, Stuttgart, 1987.
- 110) Se debe señalar la excelente presentación del potencial de los métodos aplicados a los objetos por François DJINDJIAN, *Méthodes (statistiques) pour l'archéologie*, París, 1991.

111) Alain GUERRAU, "Pourquoi (et comment) l'historien doit-il compter les mots?", *Histoire et Mesure*, IV-1 2, 1989, pp. 81-105.